

8

VO.

Concurso de Cuentos

Radio Santa María



Cuentos Premiados 2000



vo.

Concurso de Cuentos

Radio Santa María

2000



Primera Edición, agosto de 2001
Antología - 8vo Concurso de Cuentos 2000
Radio Santa María

Diseño, digitación y cuidado de edición;
corrección de originales y pruebas :
CARLOS FERNÁNDEZ-ROCHA.

Diseño, diagramación, composición y digitación:
CARLOS ALBERTO FERNÁNDEZ-ROCHA

Gráficas y portada:
LIC. THELMA LEONOR ESPINAL

Impreso en República Dominicana por
AMIGO DEL HOGAR
Santo Domingo, D.N.

Índice

Palabras de Presentación	Página
--------------------------	--------

El punto de partida	7
---------------------	---

I. Cuentos Premiados:

Acerca de las miradas silenciosas...	13
--------------------------------------	----

Te amaré toda la vida	23
-----------------------	----

El asado (Acrílica y Sopa de Hongos)	35
--------------------------------------	----

Una imagen	41
------------	----

Gotas de nostalgia en el viento	49
---------------------------------	----

II. Menciones de Honor:

Cuerpos dorados	62
-----------------	----

Juego estéril	71
---------------	----

La mueca	76
----------	----

El niño de hojalata	80
---------------------	----

Canción de cuna	92
-----------------	----

III. Anexo:

Acta única	98
------------	----

Palabras de Presentación

El Punto de Partida

Por Lic. Emelda Ramos

Para escribir estas notas de presentación he vuelto al Primer Concurso de Cuentos de Radio Santa María, he leído el prólogo que en ocasión del lanzamiento del primer volumen antológico produjo Carlos Fernández-Rocha donde dice que “promete ser de los más interesantes en el país, un concurso que hay que mantener y apoyar, pero sobre todo, disfrutar de la enorme satisfacción de comprobar que la creatividad de nuestro pueblo no está agotada y que la nobleza y riqueza de sus sentimientos es francamente esperanzadora.”

Hoy, cuando cumplo ya tres concursos compartiendo las intensas jornadas de jurado, creo y asevero que sus vaticinios se han confirmado.

El Concurso de Cuentos de Radio Santa María, cada

año no solo se torna más interesante, sino que logra interesar a cada vez más creadores, a cada vez más aquilatados practicantes del arte del contar, pues si en este primer volumen fue justo y necesario incluir como epílogo unas “Notas sobre la narración” porque resultaron tan dispares los niveles de conocimiento del género cuento, así como del manejo escritural que hasta el popular Pepito buscó su espacio, hoy en día notas como esas serían gratuitas.

Esta octava versión ha supuesto una experiencia diferente, aquí el jurado se encontró con una heterogeneidad de textos cuyas autorías remiten a registros de diversas edades, formación profesional y geografías; pero además la diversidad arroja una multiplicidad de discursos que se enmarcan en planos disímiles, impredecibles, pero cuya hiperliteralidad se advierte en las citas, epígrafes, seudónimos, alusiones y técnicas empleadas.

¿Qué vincula estos textos de estrategias narrativas tan diferentes?

1.- La búsqueda de un mecanismo expresivo para hacerse escuchar (los participantes envían tres, cinco y hasta un libro de cuentos al certamen).

2.- Temáticas muy actuales (como la anorexia, el sida, la emigración ilegal, etc.).

3.- Ejercicios de libre humor al asumir el discurso erótico (a la lascivia un cuento la llama Mauricio).

4.- Finales tanto inesperados como abiertos (como en "La Cita", por ejemplo).

5.- Además, la masiva participación de la mujer, muy significativa también en el logro de premios y menciones (cuatro de diez, en este caso).

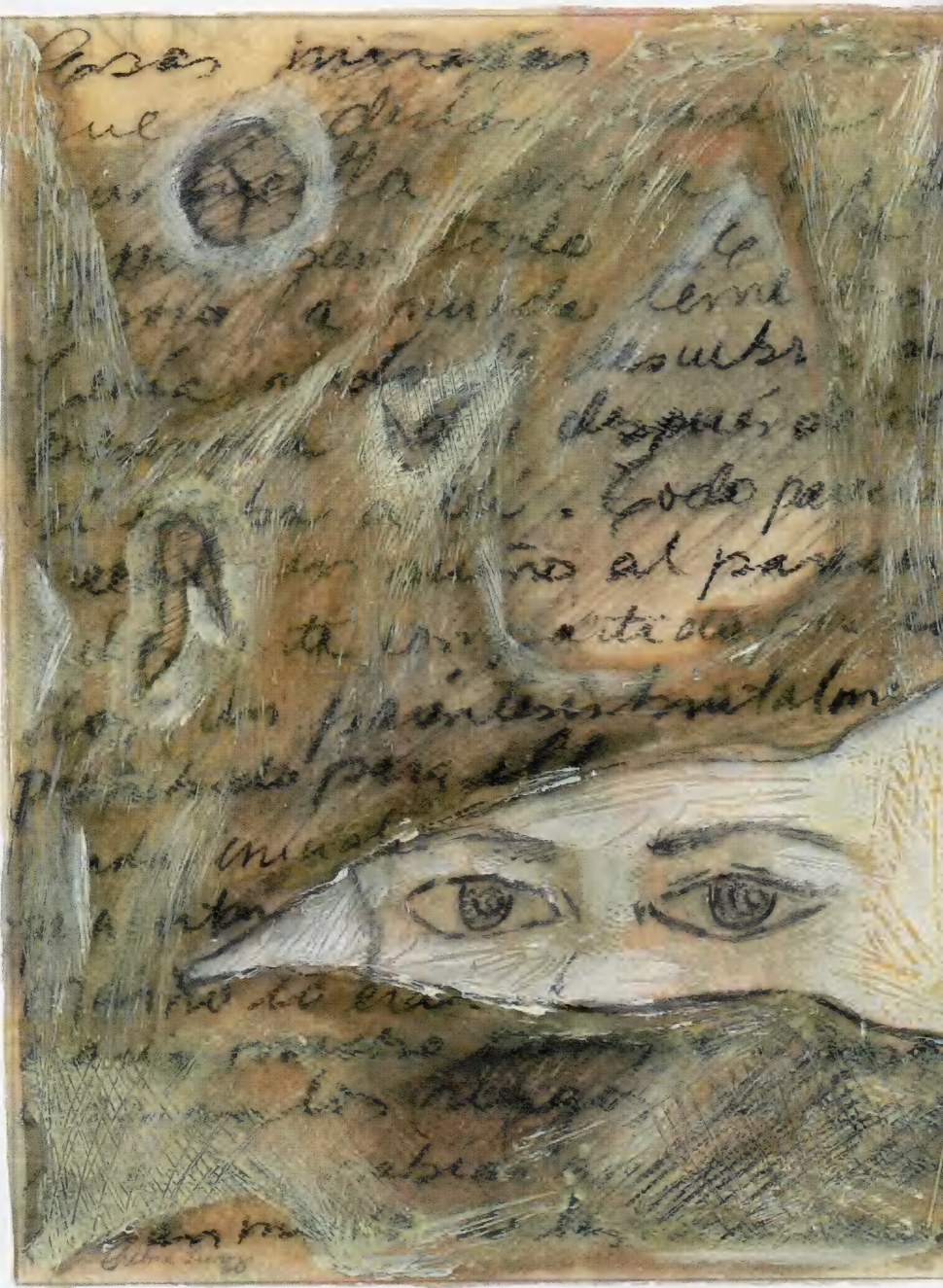
Aquí, en este tomo, encontrará la crítica literaria interesada, como bien dicen sus especialistas, una muestra de alteridad de la narrativa que se publica en el país, como una instancia de significatividad social, en un período tan confuso como el que vivimos.

Y aquí encontrará el lector común una propuesta de lectura muy cercana, que lo valida como buscador de la verdad sencilla y vivida, ofrecida a través del trabajo creador de estos fervorosos del arte de contar y de Radio Santa María, luminosa impulsora de esta labor, salvada por el celo colector de todas las manifestaciones artísticas de E. León Jimenes.

Salcedo, 23 de mayo de 2001.-



Cuentos Premiados



cosas miraban
que daban
una fiesta
para todos
aunque la tierra
fue a rotar de susurros
después de
el gran mal. Todo parece
que en un momento al pasar
el tiempo una parte de
los ojos se sintieron
pudiendo para el
alma. Unos
que están
en el cielo
y otros en la tierra
que están
abiertos.

Julio 1973

Primer Premio:

Acerca de las miradas silenciosas...

Seudónimo: Ivanova Almánzar

Autora: Tiffani Lantigua

Su tímida mirada pareció ahogarse en el estanque oscuro de los ojos del señor que se encontraba dándole unas órdenes a un subalterno. Este último, concentrado, escuchaba las palabras cortantes, precisas, que le dirigía el jefe y que no admitían demora en su ejecución.

Fue una vaga impresión. Una sensación pasajera que desapareció con rapidez silenciosa de sus pensamientos, avergonzada de quedarse más tiempo en su mente.

Ella continuó su trayecto, incommovible, en dirección a la puerta principal del enorme edificio, al

tiempo que salvaba su mirada con presteza de la profundidad misteriosa donde había estado a punto de naufragar los minutos anteriores

Esos encuentros furtivos empezaron a sucederse callados, cautelosos, con una forma de fugas que le dejaban siempre el sabor desagradable de la duda; si en realidad habían ocurrido o tan solo habían sido situaciones creadas por su vívida imaginación.

Sin embargo, a medida que fueron transcurriendo los días y ambos se avistaban en la distancia, era notorio aquel agrado huidizo que la embargaba cada vez que su mirada se posaba indefensa en los ojos de aquel hombre, hermético y taciturno, cargados de una dulce tristeza que se le escapaba traviesa, a través de los mismos, al parecer, sin él poder detenerla.

Mas sabía que esos detalles esgrimidos cuando se encontraban, eran sólo eso: episodios fugaces sin un significado concreto . Amabilidades superfluas de alguien que, al parecer, solo deseaba ser agradable ante aquella ingenuidad discreta que transmitía ella, a través de su carácter apacible

Tenía la certeza que fue por esa misma razón, que él se había disculpado con inexplicable vehemencia por no haberla saludado con más generosidad, en cierta ocasión, cuando se tropezaron en una de las entradas del edificio. Extrañada, encontró aquella disculpa poco razonable. No la esperaba.

A pesar de las explicaciones frías y calculadoras con las cuales trató de contestar sus interrogantes en innumerables ocasiones, de vez en cuando, volvía a asaltarle la duda. Tropezaba con sus miradas silenciosas y poco a poco fue surgiendo aquella sensación abrumante entre los dos.

Aquel sentimiento inexperto del que ambos disfrutaban el encontrarse de vez en cuando en sus horas de arduo trabajo. Intercambiar palabras, en las cuales deseaban plasmar todas esas sensaciones que empezaban a revolotearles en el corazón, pero ante la imposibilidad de hacerlo verbalmente, se las comunicaban a través del silencio de sus miradas, tratando de expresarse quizás más de lo que debían. Más de lo que les estaba permitido ...

No lograba descifrar por qué aquel hombre se tomaba la molestia de dirigirle esas miradas dudosas que no se dirigían por reprimido interés o por obligada amabilidad hacia cualquier extraño.

Por qué, simplemente, no la trataba como a los demás, con ese dominio aplastante que lograba que todos a su alrededor se estremecieran.

Deseaba que él no le lanzara esas miradas mudas, con no decían nada, aunque ella sentía que lo expresaban todo.

Sensaciones inexplicables que no debía experimentar; ideas revoltosas que se escurrían en sus pen-

samientos con deleite traicionero. No deseaba sentir las en realidad. Era evidente el miedo y el escepticismo que flotaban entre los dos, de tomar cualquier decisión de la cual pudieran arrepentirse luego. No se conocían en profundidad. Sabían muy poco uno del otro. Podrían hacerse daño mutuamente y existían demasiadas cosas de por medio a las cuales amaban y a las que se debían incondicionalmente.

Se recriminó por hacer conjeturas que nadie le había pedido. Ni siquiera tenía derecho de hacerlas. Ni siquiera tenía el derecho de pensar en alguien más ...

No sabía con certeza cuándo ella empezó a propiciar aquella situación embarazosa en la que estaban envueltos los dos.

Estaba claro, luego de varios meses de encuentros fugaces, que la frugal amistad que habían desarrollado no era la misma que compartían con el resto de las personas que les rodeaban; de esa verdad ella tenía la certeza.

Estaba consciente de las innumerables sensaciones que le iban creciendo en su interior y que amenazaban con empecinada obstinación en hacerla resbalar. Hacerle dar un paso en falso y entonces... entonces no sabía que sucedería después.

Esa pregunta incierta, era la que le impedía indagar más allá de donde debía; que la detenía en esos esca-

esos momentos cuando se encontraban y ambos parecían dispuestos a ceder. A entregarlo todo, sin compromisos ni exigencias.

¿Qué podía exigirle, lealtad, cuando la situación en sí impedía hacerlo? ¿Algún tipo de acuerdo, cuando ya ambos estaban comprometidos y no podían dejar a un lado por lo que tanto habían luchado; tantos sueños realizados que le habían costado parte de su única vida?

Lo más aconsejable era olvidar e ignorar aquellas miradas de reverberante silencio.

Eso le evitaría un mar de lágrimas que temía derramar. Infortunios brumosos que no merecía, pero no sabía cómo esquivar sus ojos cargados de tristeza. No sabía cómo callar aquella empecinada voz que le gritaba a cada momento su nombre, que le recordaba sus ausencias, su voz, sus miradas ...

La situación se le había escurrido de las manos. Podía notarlo en la callada desesperación de verlo; de que volaran los días en los cuales él no estaba y se detuviesen los minutos escasos cuando lo tenía cerca. Se recriminó inmisericorde por sentir tal sentimiento, totalmente prohibido para ella. ¿Y si todo era un juego?, ¿si él tan solo le estuviera tendiendo una trampa mortal y cuando ella cayese sería despiadado?

¿La torturaría con aquella indiferencia displicente

con la cual generalmente sabía castigaba a las que habían sido débiles? ¿A las que todo lo cedían con facilidad, a las que simplemente, tal vez solo habían prestado oídos a su corazón?

No deseaba tal destino para ella. Nunca imaginó verse inmersa en tal situación. Siempre había vivido aterrada de las reglas morales, las cuales habían regido su vida de forma inmovible.

No entendía por qué, de repente, de manera despreocupada, se había permitido que se sintiera tentada a sumergirse en aquel mar de sensaciones dudosas que amenazaban con delatarla, con destruirla.

Si tan sólo él hubiese sido como los demás de su género, envueltos en un cinismo repulsivo que ella manejaba con su acostumbrada y fría indiferencia; innmerecedores de la más mínima atención; pero para su desgracia, él era totalmente diferente. Esa clase de persona por la cual ella sentía que valía la pena arriesgarse. . . sus detalles, esas pequeñísimas cosas que eran todo un universo para ella.

Ese misterio hermético que envolvía su personalidad y que la retaba intransigente a hurgar en sus profundidades. Aquel dominio pleno de todo a su alrededor; aquella dulzura tierna que apenas él sabía ocultar, habían acabado con su tenaz resistencia; amenazaban con burlar su guardia y ganar aquella batalla interna que de repente se había instalado en su interior.

Se desconoció totalmente aquella tarde cuando marcaba su número para hablarle. ¿De dónde sacó, de repente, las fuerzas para insinuarle la posibilidad de verlo, de concertar una cita, de compartir un momento juntos? Definitivamente no era ella. Al menos no conocía esa persona que empezaba a aflojar de su interior, llena de una osadía fiera que corría el riesgo de lanzarla a un abismo del cual no tendría fuerzas de escalar. Lo peor de todo, es que él había sido tan dulce, se había mostrado tan interesado en compartir esos momentos, en recogerla a la hora de su llegada, en ayudarla en las tareas que tenía aún pendientes.

Luego que colgó el teléfono pensó que la torturaría la culpa; que se sentiría miserable, pero no fue así. Solo sentía una felicidad egoísta, al confirmar que aquellas miradas silenciosas que habían salpicado sus días, eran por un sentimiento de interés por ambos compartidos. Pero no debía estar feliz. no podía experimentar aquel sentimiento que corría el riesgo de tornársele salobre en los labios.

Durante las dos noches siguientes no pudo dormir, él había secuestrado sus pensamientos con arbitraria terquedad. Aquella tarde mientras el autobús se desplazaba acortando la distancia entre la estación de donde había partido y la estación donde él la aguardaba, empezó rogar que él no estuviese esperándola. Que se hubiese retrasado en el camino. Así podría tomar un taxi rápidamente para escapar de sus propios sentimientos.

El enorme vehículo se detuvo y los pasajeros empezaron a salir ordenadamente.

Ella desvió la mirada temerosa del grupo de personas que aguardaban en la estación. Tenía miedo de descubrir su presencia, que después de todo, sí estaba allí.

Así que se dirigió directamente a recoger su equipaje; esperanzada en sacar fuerzas de algún lugar, que la ayudaran a soportar su mirada si de pronto se tropezaba con ella.

Al volver el rostro, en un momento, lo descubrió. Allá estaba él, mirándola, tal vez avergonzado de estar allí. Fue a saludarlo, pensando que se desplomaría antes de llegar donde él estaba, pero tal catástrofe no ocurrió.

Allí estaba, sentada a su lado, mientras recorrían la ciudad en un vehículo, disfrutando de la magia de la noche. Todo parecía irreal, un sueño al parecer felizmente compartido por los dos. Un paréntesis brutalmente prohibido para ellos, algo que seguramente censurarían inmisericordes de tan solo imaginarlo en el cónyuge que esperaba por cada uno.

Sin embargo parecía diferente entre ellos. Todo lo que ocurría era realmente bueno, valía la pena el riesgo. El se había emocionado tanto por la nota que ella le había escrito con cuidadoso esmero que ni siquiera esperó llegar a un lugar apropiado para leer-

la, sino que se detuvo en el camino y la leyó con el entusiasmo propio de un adolescente.

Mas no lo eran, ambos habían dejado de serlo hacía mucho tiempo. Ambos conocían los riesgos de aquella relación; sabían que los dos tenían miedo de las consecuencias que podría acarrearles la misma.

Pero nada pareció lo suficientemente grave para evitar que le confesara que también ella se sentía atraída hacia él, cuando él expresó lo que sentía por ella.

Nada inicialmente pareció tener la suficiente fuerza para evitar que sintiera aquella hermosa sensación que experimentaba cuando lo tenía cerca, cuando saboreó la dulzura de sus labios, cuando temblaba al tenue roce de sus caricias.

Lo que sucedería en el futuro no lo sabía, no deseaba saberlo ... tal vez luego repararía en tal detalle. A pesar de que en ningún momento se lo expresó, sabía que sufriría cuando él se fuera de su vida. Más ella no le comunicaría aquella debilidad. Le bastaba saber que lo extrañaría el resto de sus años y que era una de esas pocas personas por las que se arriesgaba todo sin pensar en arrepentirse luego.



Segundo Premio

Te amaré toda la vida

Seudónimo: El Unicornio

Autor: Roberto Ortiz

*"Este es mi camino.
¿Dónde está el vuestro?"
Así respondía yo a quienes
me preguntaban por
"EL CAMINO". Pues el camino,
en efecto, no existe. Nietzsche,
"Así Habló Zarathustra"*

y todo era como para volverse loco, decirle que la amo, que no me desprecie, que me deje tocarle el pelo, amarla en silencio y tener que decir todo eso con tantas ganas de irme a otro lado y gritar que me muero por ella, que la conocí en un prostíbulo bailando desnuda; y tú me escuchas y me odias, pero no hace falta que hagas gestos burlescos o que me traiciones, solamente moverte despacio y tirarte encima de la cama y abrir las piernas y ahí nomás

comienza a sentir cómo el amor te desnuda el alma lentamente, pero nada importa claret en esta prisión injustificada de egos y melodías inútiles donde te ves triste, abandonada, silenciosa, destruida, desplazándote con soltura y admitiendo que ya nada es igual, que todo ha cambiado, que ni siquiera tú eres la misma muchachita que miraba con unos ojos limpios y apagados y una sonrisa que engendraba un insulto, una bofetada o acaso la ingenuidad en el camino injusto de la cortesía, porque no existe diferencia conocida que aplaque cada fase de este juego brutal de gatas trepadas en la pared y ratas entorpeciendo cada instante de placer.

en la tarde venían las cervezas, un poco tarde, contrariamente a la cena y usted no tenía tiempo de fumarse un cigarrillo, de deshacer las trivialidades que pueden tener lugar cuando se llega a la cama y se hace un stop, después de una larga tensión; y luego entre trago y trago paseas una mirada por toda la sala, sin detenerse en nada especial, atónita, absorta, con unas manos temblorosas y un pecho que al final de la vida le iba a dar grandes satisfacciones, fue en ese instante cuando la vi tomar una rosa y decir que todo podía depender de unas cuantas palabras instantáneas, de encender una vela al lado de la cama, de no quejarse del menor murmullo, de no negar la protección incondicional de la luz, donde buscamos juntos la imposibilidad de reconocernos mutuamente y reunirnos cada fase de este silencio para seguir viviendo con la simple esperanza de que el olvido no sea tan cruel y que mi

amor par ti no acepta esa simpleza de cosas inconclusas, de parejas sin secretos, de labios nunca besados, de tantos días desfragmentándose en el fondo de los gritos y gemidos.

y tú volvías a gritarme con furia, con rabia, con tanta ira que una cosa es amar con pasión y otra es amar con dolor y yo te preguntaba que cuál era la diferencia si en el fondo lo importante es amar. sin embargo, te molestabas cuando te recordaba los días cuando le mostrabas el culo a todo el mundo en el cabaret de félix cachet, y tú decías que te ibas, que no volvías más, y yo te pedía perdón con lágrimas en los ojos y entonces solamente había que restablecer esa relación que empezaba siempre con un café, un perdóname, no lo vuelvo hacer, no fue mi intención, te amo, tú lo sabes; entonces venían los abrazos, los besos, las caricias, tócame las nalgas, acaríciame el pelo, súbame los muslos y todo se producía como demasiado natural, como si todo se sobreentendiera y no hubiese la necesidad de exhibir o disimular que tu pelo era crespo o lacio; tu voz amenazante y sincera, fingiendo amarme a cualquier costo. haciendo notar que solo quedan palabras rotas, cigarrillos, botellas vacías, risas sarcásticas, súplicas prolongándose en esta metamorfosis de luces y sombras, entre visiones involuntarias, desprendimientos de tantas cosas amadas y una vez más asistir a un simulacro de espejo o imágenes oscuras o terriblemente tensas.

ahora llegaba el cansancio, la rutina de cada día,

poner cada cosa en orden, fumarse otro cigarrillo, hablar brevemente de la lluvia, divertirse, fregar los trastes, lavar las ropas, trapear el piso hasta que quede tan brillante como el sol. después, jugar un poco de baraja, resbalar entre pensamientos vagos y pueriles que no dejan otra opción que inventar otra alternativa o incidente para que de vez en cuando la secuencia ininterrumpida de la noche pereciera en la rigidez insoportable de la soledad.

sin embargo hay aquí mucha nostalgia, mucha tristeza, mucha agonía; pero no se preocupe, usted es muy buena, su fascinación por el sexo es apenas una sensación de dolor, de descuido y evasión de cosas atrapadas en sí mismas, de ráfagas de sombra disueltas en esta duplicidad inconfundible de los rostros. sabiendo que no sería posible volver atrás, que la búsqueda ha llegado a un punto cero, que el movimiento de tus labios hace imperceptible el tibio ondular de tus ojos. ahora te detienes, no entiendes nada, el sexo te consume.

una mañana común y corriente. recuerdo. deseo y unas cuantas cervezas.

en la mañana todo se volvía lánguido y triste, tu voz pegajosa y llena de miel apenas sucumbe ante el hastío y un brutal silencio puede ser cierto ahora que las palabras salen sin engaño y es tan natural que usted me invite a tomar un chocolate y yo acepte con un beso en la mejilla y es tan bueno tomarse chocolaticos calientes para quitarnos el manto de

oscuridad que nos cubre los ojos y no hay necesidad de pronunciar más palabras; porque todo obedece a un simple acatamiento de deberes y cortesías que son propios de una vida en pareja. recuerdo cuando éramos novios y usted me invitó a su casa y tuve que dejar las maletas en la sala, pero usted se me acercó, discúlpame por el desorden, el calor y la estrechez, pero yo aprovechaba para ver una foto suya sin importar que estés acompañada, sola, fea o bonita o con una figura que engañe a cualquiera, no importa, solo importa la sexualidad que impregna tu rostro y me hago la ilusión de que eres diferente, que la gente te ama, te admira, te desprecia. entonces de repente nos encontramos en un callejón sin salida, sin entrada, sin posibilidad de cambiar nada, sin poder salir a la calle y decirle al primero que pase que nosotros nos amamos, que vivimos el uno para el otro, pero las horas pasan y pasan y los pensamientos se entrecruzan y nos olvidamos que vivimos solos y solamente hay que imaginársela a usted en un cine cualquiera de santo de domingo o caminando como una julieta cualquiera por la calle del malecón, apartándote con disimulo y precaución del asombro de estas transformaciones de humos y pudores, vergüenzas y desvergüenzas que me conminan a olvidarlo todo, como si todo fuera tan fácil en esta historia en que hay agua, luz, sombra, árboles, orgasmos, ropas sucias contaminando estas cuatro paredes donde sentimos el sopor incontenible de la ausencia.

besos. caricias. y una fórmula para morir de la risa

observas tras los cristales el sosiego de los ojos, pero te duele no participar en esos shows que eran parte de tu propia vida. acaso sonríes o finges ignorarte en este súbito juego de malabares y palabras entrecortadas, luces de colores y fantasías mil veces sepultadas, plenitud de vacío o una amarga muchedumbre aclamando a coro tu ausencia, porque todo se redimía a una simple ausencia donde usted ve que hay algo de ilógico y absurdo, golpeas con fuerza una mesa de cristal, buscas un sentimiento de felicidad en el vano parpadeo de los ojos y ves que hay poca esperanza en este paraíso de avemarías, en que te sabes odiada, amada, moribunda, hambrienta ante la expectativa de caer vencida, arrogante en una gráfica imperfecta. navegas en el insólito laberinto de lluvia, presumes alcanzarte, colocarte contra los bordes intactos de la pared, abrazarme, desgarrarte entre mi cuerpo, llegar al vientre, tras los vellos suaves de la piel, poseer los gritos, los quejidos, los movimientos ondulatorios hasta cegar cada instante de satisfacción.

puede ser que estés dormida, demasiado distante de ti misma; la semejanza latente de tus pasos se han cumplido en el espejo, solo que ahora usted se vestía despacio para dar un paseo por el conde y yo la acompañaba hasta la puerta y la sentía despedirse sin mirarse y el leve beso, el auto que arrancaba al final de la tarde; el regreso a la casa y ni siquiera

saber llorar, arrancarse los ojos, oír el tic tac del reloj, del alba, de esos labios enfermos que en algún momento dirán alguna cosa, que no te preocupes, que es bueno pasear de vez en cuando, pero decirlo así no basta, quizás tomarse un trago entre cada frase, repetir entre náuseas y besos cada palabra levantada al aire, las rápidas caricias, un pañuelo para ceñirse el pelo, la fuerza opresiva de los abrazos, la luz tendiéndose sobre ti, la protesta por la luz encendida y de pronto el llanto, el sopor de empezar todo de nuevo, el recuerdo penoso, la sórdida preparación para no sentir miedo y creer un poco más en lo lógico de este encuentro; pero ahora venía el pretexto de ir al baño, de sepultar cada gesto involuntario, de volver con calma a la frialdad de la sangre, al breve diálogo de las tardes y no pedir más excusas.

hoy no hablaremos de eso, hoy que la imaginación nos reúne vagamente, buscaremos callados la culpa o la imposibilidad de nuevos tropiezos; en ti solamente hay desprecio, pero qué importa el desprecio cuando se ama tanto, qué grotesca ironía se desencadena ahí donde espera la felicidad, por qué ahora este presente urdiendo cada silencio a cada recuerdo, pero no hay silencio en ti, tristeza sí, decir que todo se cumple ahora en este momento en que quedan olvidadas las mediaciones, los últimos recursos y la tibia sensación de volver a ti.

la luz de la sala llegaba hasta el fondo de la habitación, apenas se veía una cortina blanca y una mesita de noche donde había quedado abandonada

la última colilla de cigarrillo, pero ya usted no fuma, después de tantos días usted se había decidido a no fumar y oyó un ruido enorme que quizás venía del colmado de la esquina, pero usted pensó que nunca había oído un ruido así y me miró a la cara, no claret, no haga caso a esas estupideces, no se deje intimidar, solo necesita una distracción para empezar a darse cuenta de que en algún momento tendría que salir, cerrar todas las puertas, aunque yo me asombrara, pero lo único seguro era el sueño, acostarse, sumirse en una rutina indescifrable y usted, vamos a analizar la situación, no es bueno tomarnos todo tan en serio, está bien, es buena idea, claret, pero prométame que esta noche me va a tratar bien, no, esta noche no, mejor mañana, hoy no me siento bien, debe ser el estómago, no te hace bien ponerte furiosa y un silencio que lo contenía todo, no, no puede ser, siempre dije que tú eras un buen partido y no me arrepiento, no pude encontrar mejor mujer.

nada ha cambiado, esta tarde mientras yo aspiro a ideas imaginarias y finjo diferenciar el brillo opaco del piso, usted roza con la punta de los dedos un libro de historias truculentas y vacías que encontré en el fondo del armario. siente miedo al llegar la noche, pero yo le pido que no tenga miedo, que para eso estoy yo aquí, para cuidarla, para mimarla, para ayantarla, sí, para ayantarla, a las mujeres les gusta que las ayanten y le pido permiso para explorar otros lugares de la casa y usted se incorpora, resentida, apoyándose en los bordes de la cama, aclarando que

usted es la mujer de la casa, que no permite que haya contradicción, ni objeción a las reglas que fueron impuestas en principio, solo ir a la ventana y coger un poco de aire fresco e inmediatamente asentir que sí, que todo depende de ajustarse a esas reglas que habían cambiado el rumbo de nuestras vidas.

noche de pasión, lujuria y un breve beso para claret

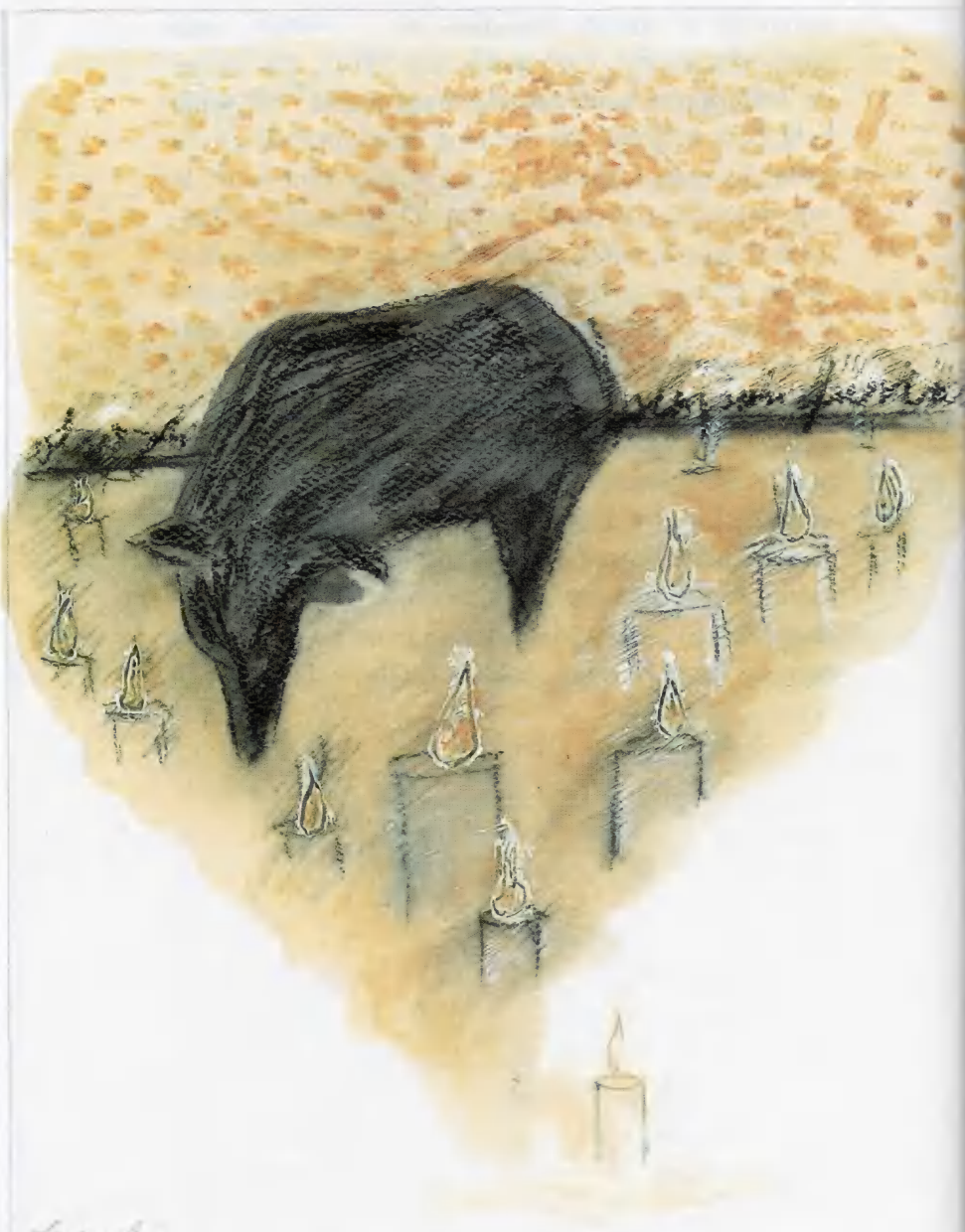
acostarse con la caída del sol, un café, un jugo rica y una aspirina para dormir. la noche es intensa, con viento suave y un calor que molesta. había luna llena, siempre hay pájaros y ranas en los alrededores, voces que a veces nos dan la clave de porqué de vez en cuando duramos tanto para llegar al orgasmo. nos contamos cada secreto, el argumento de la telenovela, los muñequitos, las noticias, un periódico viejo una que otras veces, después, recordar los chistes de antaño, reírse, saciarse en este laberinto de palabras, placeres y delicias. pero sentimos los viejos recuerdos intactos en la primera chispa de rabia, tirándonos en un rincón de averiguaciones estúpidas, acaso el día en que nos conocimos, los recuerdos de papá, mira hijo no te cases con esa mujer, yo sé bien por qué te lo digo, yo anduve en ese mundo, esas mujeres tarde o temprano te ponen los cuernos y la noticia, se casó pablo, por la iglesia, los comentarios cómo es posible, un tipo que hablaba tanto, por eso es que no se puede escupir para arriba, ese si es un mariconazo y las cervezas bien frías presidente, esas sí son buenas, tenga mi

amorcito un trago para celebrar, el teléfono, no conteste, la noche es nuestra, deje de ser solidaria, ya nada es importante, solo nosotros dos en estas travесías insensatas, cayéndonos al compás de ese bolero del jibarito de lares, pero no puede ser, claret, mi amor, no entiendo nada, ya nadie habla del barrio, de los tígueres en la esquina, bajando cervezas. todo se ha ido. nostalgia. nostalgia. nostalgia. todo se consume.

en busca de la soledad perdida

me hacía tan feliz mirarla a usted, atenta siempre a los detalles y pormenores de esta vanidad que era tan visible, que hubiese preferido no entenderla. quizás esa era la única razón por la que usted se encontraba ahí, ganándole espacio a su cuerpo para desnudarse, desnudarse tranquilamente, sin apuro, tirando las ropas en el piso y usted, contrólale, tengo miedo, la soledad es un último recurso, háblame despacio, chúpame los senos y te juro amarte toda la vida, los gemidos alcanzando niveles cada vez más altos y yo buscando otra forma de besarte o simplemente de retornar a los temblores sensatos del corazón, que si es necesario una pausa, un bolero de lucho gatica, detenerse, no, detenerse no, prefiero oír los gritos, mientras nos desvanecemos dando vueltas en la cama, arrancándonos las últimas ropas y lentamente bajar la luz hasta que volvían los tragos, los cigarrillos, las palabras, los recuerdos, la nostalgia, un silencio, espérate, no es así, entiéndeme, no es la primera que lo hacemos, en esta hora

se pierde el ánimo, las ideas van y vienen, nada parece imposible, todo puede ser cierto, una llamada telefónica, una mirada imprudente, un niño hablando mierda, los vecinos murmurando, y tú callando como perdida en un sueño, atraviesas la sala desnuda, enfrentas un pequeño percance tratando de llegar al baño, en el baño la luz te confunde y gritas, gritas con fuerza, muy pocas veces gritas así y yo iba corriendo para calmarte, para darte un calmante antes de que protestaras, sabía que era necesario tomar las cosas con tranquilidad, temía a que te inquietaras, entonces te llevé a la cama, diciéndote que te iba a buscar un poco de agua, que no te llevaras de los gritos, que la luz era buena en la madrugada, y usted, dame un beso, abrázame, verdad que me quieres, lo sé, me amas, tus ojos no mienten, en el momento que te daba un sedante y te dormías como si no hubiese necesidad de decir nada más.



Victoria Long

Tercer Premio

El asado (Acrílica y sopa de hongos)

Seudónimo: El Caníbal Vegetariano

Autor: Pastor de Moya

Todos dicen que estoy borracho. Que no pasa un solo día de mi vida en que no lo esté. Hay quienes apostarían a cortarse la mano izquierda para aseverarlo.

Otros piensan que nací así, que soy un espermatozoide borracho. Yo me doy cuenta cuando paso por una puerta o por cualquier esquina. La gente me mira con tristeza. Es verdad, he ido por la vida dando tumbos. A veces uno tropieza, se cae y se da duro y los otros, entonces, ríen. Yo sé por qué se ríen, pero no puedo decirlo, por lo menos por ahora. Llegará el momento en que lo explicaré todo. Lo juro, aunque sea solamente a ustedes. Hay tardes en

que tiemblo, en que agonizo ante el delirio de mis propios temblores. Que ando sin rumbo fijo en un vacío espeso. Que me siento tan lombriz entonces, que me arrastro por campos y pastizales (quizás por densas brumas y paisajes de sueños) recolectando hongos, paragüitas que crecen en el estiércol de las vacas después de la llovizna; luego me viene la fiebre y un chorro de colores que se juntan, se bifurcan y de pronto se agolpan en las sienes y comienzo a ver la misma cosa: la misma masa difusa, el mismo entierro de un puerco, esta maldita y repetida película

El velorio y entierro del puerco

(Pantalla del recuerdo/ 3ra. dimensión)

Aparecen unas imágenes borrosas, parecidas a las mallas sucias de un serígrafo manco. Una pequeña multitud está a la espera de un cerdo asado a la puya, el cual, en su interior, está relleno de un moro de guandules sabrosísimo (que al final será degustado por los presentes, junto a la carne del "muertico"). Dicho paquidermo comestible, dorado por el fuego de la leña y la vigilia, descansa en un ataúd. Sus únicos accesorios son: una corbata o corbatín blanca y rosa; una manzana en la boca, algodones que le tapan las narices y unos lentes para protegerse de la claridad del sol o de la vida

Este llega acompañado de su madre (la acongojada madre-puerca), la cual es una señora muy formal y

medio sucia. Va vestida ampulosamente de negro, de la cintura para arriba (a la usanza de las antiguas rezadoras, con mantilla y todo). También, lleva puestos unos quevedos, pero de la cintura para abajo, viste unos tacones altos y medias-pantís de color negro, parecida a una de las conejitas de Play Boy.

La pequeña multitud que espera, se encuentra en una transitada avenida, próxima a donde se levantó la copia de un gran teatro. Allí esperan y se desesperan. Comienzan a descender como si asistieran a un cortejo fúnebre de un famoso personaje o de un político menor. La procesión camina a pasos breves. Hay una solemnidad fría. Solamente rompe esa polaridad el vaivén de los banderines hechos con papeles multicolores, que dan la sensación de un baquiní o entierro de niño, pero de un niño muy pobre y muy querido. Los dolientes y rezadores van vestidos de luto. Detrás, dos o tres trompetistas y una tuba tocan una marcha sacra y lúgubre; estos parecen músicos jubilados (vientres de vacas viejas y preñadas), que pertenecieron alguna vez a la banda municipal de un pueblo olvidado. Delante del cortejo van unos rezadores leyendo poemas de Villón, Rimbaud, Baudelaire... y otros santos malditos y benditos, dando la sensación de una especie de lamento cansado y luminoso, cual canto gregoriano.

Al lado del cadáver marcha, altivo y seguro, el sepulturero. Va vestido con un atuendo propio de su

oficio. En la mano derecha lleva empuñado un filoso serrucho y en la izquierda, un pequeño libro (que puede ser una Biblia o "Las Narraciones Extraordinarias" de Edgar Allan Poe). Luego llegan a una gran casa, creo que es un ayuntamiento o una funeraria creativa, quizás a un oscuro y pestilente lugar donde también velan a los artistas.

Es aquí donde proceden a realizar el velatorio y a leerle los últimos poemas...

Le rinden otros honores correspondientes, pero mientras todo esto sucede, reparten recordatorios con la foto de tan distinguido animal, en medio del llanto de los amigos y familiares más cercanos, a la vez que (como siempre ocurre) un grupito de los presentes se toman unos tragos de ron mientras relatan alguna anécdota sobre la vida del puerco o cualquier otra banalidad. Y así es. Los estadios de la muerte son múltiples y normales, pero mientras lo velan y lo honran, algún doliente o visitante comienza a quitarle cueritos para comérselos. Además, ofrecen y venden carne del difunto a los curiosos y así empieza la gran degustación, a sa-biendas de que cada quien solo debe comer carne y piel y luego colocar sus despojos y huesos en un rincón apartado del ataúd.

Terminada la comilona, alguien rasga un violín y toca una pieza, entre alegre y triste, propia de los apetecidos y ya saciados. Entonces acontece la inhumación, silenciosamente; cuatro hombres toman el

ataúd, lo levantan y lo llevan a un lugar retirado del patio, donde le echan vinagre, gasolina y ron. Esta mezcla combustible la acompañan con cerillos, que todos encienden y lanzan al mismo tiempo, como si le tiraran a un féretro rosas rojas y amarillas, parecidas tanto al fuego.

Entonces, atrás, muy atrás, sólo quedó en aquel lugar un enorme bloque de hielo salpicado de limones partidos en cruz (tan blanco y frío como esa álgida muerte que soñó Gatón Arce).

Y más aún, más atrás todavía, permanece el rancio olor una tostada hilera de dientes y la triste comicidad de la muerte.

(Se escuchó a lo lejos, aquella bachata de Anthony Santos, "El Quilín Quilán". Todos bailaban y jugaban a vivir).

Ahora estoy cansado. Derrotado. Ya no tiemblo, pero sé que he borrado. Siento el cuerpo insoportable dentro de su jaula. Estoy como una toalla exprimida de sudor. Tal vez Polanski piense en otra cinta que sea viva y comestible. Así la muerte ya no será una permanente risa que emana de una boca llena de dientes postizos.



Cuarto Premio

Una imagen

Seudónimo: La Mujer de Lot

Autor: Julio Adames

(1)

No es posible verte así, tan confusa y elástica, volviendo el rostro desde algún lugar de la noche, mientras una navaja de afeitar se hunde en tus venas. No es posible y sin embargo todo lo que ahora acontece se cifra en ese hecho: el llanto intantil, la noche, la piel que emerge con su lentísimo recorrido de inminente catástrofe. Es cuando adquiere inmensidad la sangre y todo empieza a nadar sobre pequeñas alas que se encharcan y mueren, sin alcanzar la orilla. Afuera cae tremendo aguacero. Y tú estás de pie herida. Diríase que eres tu propia bestia líquida, Mina Kamikaze. Por eso, lloras. Tiemblas. De pronto una ráfaga de agua te sacude; y el aire se transforma en la espátula que escarba en esa lupa

finísima del cuerpo, desbordando los límites. Se amucha el agua como ciega fabulación en tus cabellos, zarandeándolos; crece fragmentariamente y esa última imagen le otorga una rotunda falsedad a tu cuerpo al momento de crisparse, inalcanzable, rasgado por los grumos de una espuma mugrienta y escasa...

Son las dos de la madrugada. El agua hace cric crac cric crac en las ventanas de cristal...

(2)

Justo dos horas antes, tomé el teléfono. Su voz apagada, frágil, trepaba por los hilos del aparato como accediendo a una súplica, a un signo de cansancio, desolación ante la muerte. Hablaba de un amor prohibido, de celos y de invitaciones deslumbrantes. La figuré sola, cruel, quizás aterrada al borde de un junco, a punto de hundirse en el pantano. Me vino a la mente el Pessoa de Tabacquería y al mismo tiempo pensé en el Brando de El último tango en París. Quedé en visitarla esa misma noche.

(3)

Acabo de llegar tiritando, totalmente mojado. Mi retraso se debió a la lluvia. Explico. Llueve a cántaros. Y hasta acá se filtra el rastro de una lluvia con brisa que huele a limones recién cortados, a fresas, a tachuelas de zapatos mojados. Sobre el techo se escuchan insistentes fracturas de truenos. Me mira.

Es un islote de hielo lo que veo allí tanteando en la ventana, en tus ojos. Me señala. Se trata, como verán, de esperar a que sus manos se abran y se traguen al mundo. Me pide que me acerque sin mirarla al rostro, y que la tome, que la tome violentamente y sin piedad, por asalto; y bueno, que qué espero y esa blusa inflamada de aire se abre estremecida por un frío remoto, total y de sus hormas salen dos senos erectos y cientos de gotitas de agua que cruzan, juguetonas, a formar parte de esta vida Y veo, por efecto de una lámpara, que la escena se proyecta intensamente sobre el piso y contra la pared. Y pronto tu cuerpo se vierte en esa clave, tras un reflejo primitivo e incierto. Y viene hacia alguien, inabarcable. Y ya lo sé: es sólo un presagio; aunque inútilmente se escuchan graznidos de cuervos a esta hora, con la lluvia. Y yo luce para trenzarme a ti como a un pámpano de luz, en un instante rapidísimo. Imagino que sí. Y caigo de espaldas en el piso, totalmente inficionado por la sombra. Y tú te abates sobre mí, mientras tu boca perfora, tras el grito, la pared de silencio que antes nos separaba y se oye un ruido de cortinas rasgadas, desflecadas, el vacío de un cuerpo. Y tú vuelves a gritar (también grita el lobo atrapado en los abismos del rayo y la orina reciente). Y hay agua y sangre y gritos y fatiga y pantano y limo y cieno y Dios. Y adentro está la pesada roca del Nilo, al fin, instalada. Brotan luces de la pared espesa de los árboles y tú estás apostada contra el suelo, agarrándote los cabellos, desnuda. La imagen acuna al allanar la carne una sensación oscura de placer. Algo vigoroso entra con

fuerza a tus entrañas y las hace arder dulcemente. Se oyen roces de pieles salpicadas, breves galopes, puertas, entradas y salidas. Un caballo hermoso y lejano revolcándose sin pudor contra el lodo... Silencio. Han transcurrido cuatro horas. Afuera sigue lloviendo y la razón nos saca de un agua destrozada y cálida, nos extrae como a dos náufra-gos del último diluvio. Ahora yazgo a tu lado, casi inexistente. Muchacha de cabellos oscuros que permanece callada. La sombra del cuerpo se prolonga hacia una puerta que no termina de formarse. Y yo te alcanzo a ver multiplicada, próxima a una necesidad de estar siempre conmigo. "Todas estas fases son una con la muerte", me dices. E intuyo que no, que esta vez preferirías estar con Daniel en el foso de los leones. Mientras afuera, kilómetros y kilómetros de agua arrasan el mundo.

(4)

Lo siento, Mina Kamikaze. Sé que otra vez he llegado tarde. Hoy es sábado y el tránsito en este país es una gran mierda. Anoche te llamé por teléfono y tú no estabas. O sí estabas y no tenías ganas de contestar; eso creí. Probablemente anoche querías estar sola, excluida, nada que ver con la realidad. Necesitabas pastillas para dormir, ¿verdad? Lo siento. Creo que ahora ya no las necesitas y me consuela. Uno entra aquí, a esta habitación, y ya sabe lo que sucede: destella un cuerpo transido de inseguridad, escapado de algo en un desorden de cabellos y restos de tinieblas. Recapitulemos los hechos y veo

que te agazapas, impotente, enferma en la defensa-indefensa del acto de vivir. Ah, tienes una hermosa presencia, Mina Kamikaze. Estás helada, de verdad helada; quizá por eso te acurrucas en el ovillo de esta alfombra raída, destemplada, tratando de minimizar el frío que ha empezado a calar en tus huesos. Y he aquí que por primera vez esta imagen rememorada, inscrita en estas columnas, surge nuevamente: el cuerpo, desnudo y frío, se desplaza por zonas ficticias de esta habitación. Y tú sufres, no al nivel de los demás, arrebatando un poco de algo; haciendo de la vida algo cada vez más confuso. Por eso voy a hablarte; siento que debo hacerlo; lo haré ahora. Intentaré ahuyentar el flaquísimo miedo que habita en tu rostro. Intentaré entrar a los bailes muertos de tu baile, amenazante, gritando tu nombre, abrazándome a tus rodillas con desesperación, diciéndote grandes estupideces para calmarte y que ya no sufras la agonía del mundo y yo pueda, al fin, liberarte de tanta esclavitud, con tormentas, hiriéndote en la piel las mil máscaras de los nuevos mesías, la paz negociada y torpe, la estulticia globalizada que chorrea por todos los rincones del universo; pero no me responderás. Desplomada sobre una silla, con los grandes ojos negros bordeando la ventana, no me responderás. Y no lo harás porque sabes que nunca llegaré a tiempo para hablar contigo, según creí, para decir la frase precisa, la frase que logre romper el silencio que te aprisiona, aplastándote contra esta pared. Qué te pasa, Mina. Preguntaba tu madre, preocupada, tratando de comprender tu silencio. Nada, le decías; nada. Y la pa-

labra nada se ensanchaba como una pelota de aire y empezaba a rebotar, a elevarse, chocando contra los objetos de la casa y mientras tú veías cómo la bola de nada lo iba destruyendo todo, tan estúpidamente, cerrabas los ojos fuertemente y pensabas dentro de ti que nada de aquello era real, que nada de aquello estaba sucediendo.

(5)

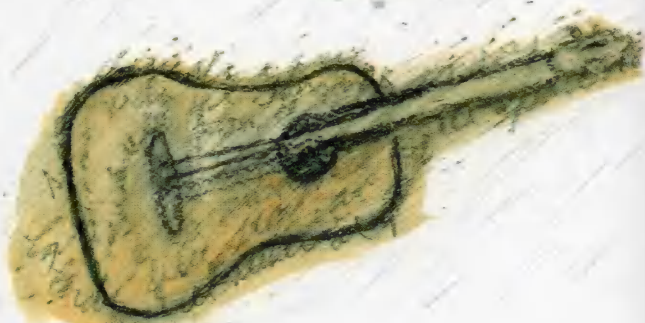
No comprendo la soledad de esta muerte, agrandándose, creando una atmósfera de vida en estos ojos blandamente cerrados ni esta sangre salpicada de címbalos sobre la mesa del televisor y, en el badén, no entiendo esa figura blanca, abombada contra la piel sin piel del agua que a ratos la deposita en su limpieza para no fragmentar su infinito, para no acudir al instante de la muerte.

(6)

Tú lo quisiste así, Mina Kamikaze. De eso estoy seguro. Nunca pensaste someterte a otra voluntad, a otro juego de probabilidades. Anhelabas entrar sobria al ámbito de una soledad profunda, participativa; recuperarte a ti misma, de eso se trataba. Ahora estás donde has debido situarte desde hace mucho tiempo. Es 4 de diciembre del año 1974. Afuera llueve. Yo tengo los zapatos empapados de agua y todo el pelo y la ropa. Y tú no ves cuando yo entro sacudiendo grandes goterones de agua. La puerta no chirrió esta vez. Tú estás bellísima en tu santuario.

Santa clarísima de una claridad irrecusable, entre velas encendidas y copos de algodón. Tú estás clamando frente al ojo que interroga al brazo en un desplazamiento horizontal. Bajas la cabeza y respiras forzosamente. Y al fin, como burlando un estado de hipnosis o algo semejante, hundes la hoja filosa en tu piel y las venas se abren dulcemente. Hay un charco de luz deslizándose en la oscuridad de tus venas. Es un rasgado de piel que la navaja no puede simular; un odio, un miedo alucinado explorando en sus propios adentros y regiones oscuras, ocre y oscuras, oscuras, oscuras... Lentamente, cierro la puerta.

Adiós, Mina Kamikaze. Hasta nunca.



Gilbert Linn 20

Quinto Premio Gotas de nostalgia en el viento

Seudónimo: www.cuentera.com

Autora: Carlos Sosa Ovalles

PG13

Adult Content

Adult Language

Brief Nudity

Real Story

Tuno, Efraín y otros amigos habrán de llevarte la serenata que siempre me dijiste querías. A las tres y media. El rocío del jardín parecerá lluvia. A guitarra y bandoneón, con La Unión Eterna, Imagine y Qué Seas Feliz, para que Tuno se orine entre canciones sobre la hoja de zinc que está en el traspatio que da a tu cuarto, por los tragos de Extaviejo y para que Efraín le dé con la "lira" en el estómago, y él,

‘que sigas cantando que vas bien’ y Efraín, ‘que vengas a dedicarla, carajo, que ya van tres...’ y Tuno se inspire mirando un ramalazo de estrellitas azules o amarillas porque el ron hace que uno vea las estrellitas de muchos colores y Tuno diga cosas bonitas esa noche, solo esa noche, porque nadie se las hará repetir, cosas como que ‘en esta noche de novilunio, las canciones han hablado por nosotros, que si mañana te casas, que Dios te colme con bendiciones, que te lo mereces hermanita, que te vaya bien, que disculpen la interrupción del sueño... que patatín que patatán...’ (Efraín le preguntará después a Tuno sobre el significado de la palabra novilunio y él dirá que nunca la ha escuchado...) Tú le darás las gracias desde el cuarto del medio, acurrucada, abrazada a la almohada, con tu batita azul de encajes brillosos, la que elegiste por mí aquel sábado en Alto Los Roques, porque yo de bata ni jota que sabía, pero te la regalé de cumpleaños como la querías, con encajes egipcios, cortita, por encima de las rodillas, con aberturas hasta el derriere. Te molestaste conmigo, me acuerdo yo, porque te dije que te la quería ver puesta. Eso no más, no te dije cuándo era, corazón.

Así te levantaste, me imagino, a darle las gracias a los chicos que anoche hasta las doce estaban ayudándote, ordenando la casa para que hoy estuviera lista para la boda. Metiendo la mesa del comedor a la fuerza en la habitación de alante. Tu padre decía que había que esquinearla y tu mamá, siempre opinando, decía que le cortaran dos patas, que

después se las pegaban y Tuno llegaba con la bocota de sapo y la gran idea del carajo, que no, que la mesa iba para el patio que a dónde iban a sentar a la familia para el almuerzo.

La serenata fue breve y tú quizás lloraste, pero si lloraste, ¿por qué lloraste?, porque La Unión Eterna, a quién diablos va a hacer llorar en un siglo nuevo, con Luis Miguel, Celine Dion y los BackStreet Boys, digo yo, haciéndome el iluso de que llorarías por muchas razones o por ninguna, como el llanto de las mujeres los 31 de diciembre a las doce, nadie nunca sabe por qué se llora. Ellas siempre dicen que lloran por los que se han ido. Te sentarás en la cama bajo el mosquitero que cuelga del ombligo que parece una novia olímpica, cubriéndote toda y mostrándote dentro como una sombra al óleo de Rembrandt o del Greco, con la luz apagada, para que tu madre no entre a preguntarte que si te gustó, que si los viste, que eran Tuno y Efraín, los hijos del compadre Arturo. Seguirás sentada, mientras la luna de octubre que baila entre nubes orbitando los puntos cardinales, te bañe de una luz sensual como en la película Lolita que vimos en el cine Lumiere III pese a la restricción. Tú sola, callada, te semi recuestas en cuclillas sintiendo la seda juguetona de la batita azul entre las piernas, con los cabellos alborotados, hechos un nudo, suspirando o quién sabe. Mañana tendrás tres chicas del Salón Rosselie sobre ti, una estrujándote con unturas modernas el cuero cabelludo, envolviendo en trocitos de celofán, matizando los rallitos como verdaderas artistas en cada

rizo, para luego sumergirte en un mar de champú verde y espumas extrañísimas de Clairol y Avon y meterte al fuego de un casco protector enorme en el único lugar que serás fea por un momento, solo un momento, amor, por el aspecto de astronautas o extraterrestres que adquieren las mujeres en los salones de belleza bajo el secador mientras miran las mismas revistas de modas imposibles. Al mismo tiempo vendrá Deborah Inés con un armamento de cuantas pinzas, unturas y esmaltes sobre una bandeja de cirugía. Tratará tus manitas de ángel enamorada con sensualísima delicadeza para que tú dormites y estires las piernas y te vuelvan a halar los dedos en ese rictus inexplicable que las manicuristas copiaron de los griegos dizque para facilitar la circulación...

Yo sigo aquí, mientras pido perdón a Dios por los recuerdos y las hipótesis prohibidas avaladas por lo mucho que te conozco: /y apareces sin ser, toda entera/de papel, de reloj, de madera/ entre el arte azul de una noche/columpiando mi amor/calcinando mi hiel/saboreando el sabor/que no sabe qué hacer/entre mil torrenciales de asombros/y mosquitos jugando a ser diablos/por hacerte huir de mis neuronas/ y te quedas bañada de risa/te calmas, te aquietas, me elevas/gigante de amor, de dolor/en el pecho un sartal de utopías/ de dolores por no verte ahora/como esta mañana temblándote todo/los ojos, las voces, los codos,/los labios, la risa, el enojo/ te ausentas de embuste, te quedas/en un carnet robado/en un silencio de perros lejanos/como noche en desuso/ como pincelada ideal/te quedas como

órgano de iglesia/partitura elegante/voz de violín/te quedas conmigo diferente/pero te vas real con él/y yo aquí como siempre/gota de nostalgia en el tiempo./

Dona Inés, la mamá de Deborah, pedicure con certificado de Mercy's Academy -dice que en Punta Cana una vez le hizo la pedicure a Julio Iglesias y a Oscar de la Renta- jugará con tus piecitos cinco y medio, intentando en vano sacar con piedra pómez alguna inexistente callosidad parásita.

Yo no sé quién es él y aunque no debe darme celos, porque jamás podría, por lo menos puedo decir que no me importa. De lo nuestro hace ya bastante tiempo. Me lo imagino a esta hora como un pingüino, se ajustará el traje que parecerá del tío y se bañará de la hediondez de Brut 33 o algo así y se dará toquecitos en los dientes frente al espejo. Al fin y al cabo olvidará poner el cepillo dental en la maleta y en el hotelucho -que más bien será un motel de viajeros de paso, ocasionales o asiduos visitantes ultra conocedores de estas urdimbres- no venden cepillos dentales ni en sus proximidades. (Perdóname Dios...) Se casará con ella y yo creo que estaré bien o no sé si calmado solamente o algo así... Él llegará primero que todos a la iglesia con demasiado talco húmedo en la barbilla recién rasurada que debió rasurarse ayer.

Yo sigo aquí...

Le preguntarás al oído a Lissa que si no ha sabido de mí, no sé por qué a Lissa que no es nada mío y mucho menos me habrá visto. "Te jugaste todo a nada al amarme".

Después de la serenata dormiste muy poco, " y tiritan azules los astros a lo lejos/ y el viento de la noche gira en cielo y canta...", pensarás en la boda, en él, en mí talvez, en la gente y quizás llorarás otra vez. Desayunarás una tostada con queso y jamón y un jugo de chinola de caja. Tu casa se empezará a llenar de envidiosas y ponefaltas. El sol se pondrá de boda afuera, tibia y radiante para que uno tenga que ponerse las manos en la frente al caminar, entonces saldrán como si todo el mundo estuviera escondido, puestos de acuerdo para salir juntos en un momento dado. Aún no te has vestido de novia y la gente empezará a decir que se te hace tarde.

El traje es un vestido blanco hermosísimo, bordado en perlas, canutillos y lentejuelas, con diseño de pitón ceñidísimo al torso, recubierto hasta la cintura por el velo con dos ramos dorados dibujados que penden de la corona. La corona, un aura material bellísima con lagrimillas de perlas marinas y trocitos diminutos de cristales de baccarat que hacen juego con los pendientes y el vestido, más bonito que los que usan las actrices en la tele. Estará en una caja blanca con letras doradas que dice algo en inglés que se me olvidó, The Happy Girlfriend o algo así. Los vestidos de novia no se guardan en perchas, me enseñaste. Se dejan en la caja o se viste a

un maniquí con ellos. Sé dónde lo guardaste desde que mi hermana te lo trajo de Florencia: en el armario, en el anaque del centro, detrás de la cajita de música en forma de piano con bailarina sueca, con En la Mansión del Rey de la Montaña que yo te regalé un verano, cubierto de ropas interiores sueltas, ahí está la caja con el vestido que has guardado como un tesoro. Es una caja grande como una pizza familiar a domicilio, con la diferencia de que la del vestido tiene una abertura acorazonada cubierta de un plástico que permite apreciar las bolitas de perla, sobre los encajes y las lentejuelas arcoirizadas que brillan según el color y la intensidad de la luz. No podrías ponértelo sola, lo sé, mi hermana tampoco pudo, llamarás a tía Amantina (Todos le decimos tía o Tina). Sacarás a todos de la habitación. Buscarás la caja con el vestido. Tenderás el vestido en la cama, él solo, sin tu cuerpo parecerá una novia y lo acomodará como si estuvieras vistiendo a alguien. Sonará el teléfono, lo atenderás sujetándolo en el cuello con el hombro para poder cerrar la caja. Dejarás a la tía tocando tu vestido...

Yo sigo aquí. Es mi cuarto Marlboro...

La tía, emocionada, con la boca llena de la saliva del recuerdo, con los ojos aguados por los años desperdiciados, por el futuro, por el pasado, por su viudez prematura, por la sobrina, por todas las santas de la historia y su inmenso sacrificio, por esta noche a las once. Se secará dos lagrimones con la manga de la blusa y la cola del vestido entre los dedos arrugados.

E1 del teléfono no seré yo, no, no es mi forma, no lo haría, no puedo... será Ricardo, que dónde lleva el champán si al Club Social o a la casa... que no jodas Ricardo que el padrino es el que sabe...

Ándate hija, roncará la tía, y tú te quitarás el bluyín con que fuiste al salón y te quedarás en panties (medium, size six, red) apretados. Me atreví a regalártelos en un angelito del Comité de Solidaridad con Haití. ¿Te recuerdas? La muchacha de la tienda se ruborizó. Hazte de cuenta que son para ti, es de tu talla, le dije. Y abrió la vitrina sin mirarme mientras se reía entre los dientes.

Cerrarás bien las persianas por si las moscas. Te quitarás la blusa, 'que ya me bañé, tía; antes de ir al salón, ¿qué crees?' Todo caerá al suelo y de un tirón lo cogerás con la mano izquierda y lo echarás al cestillo del lavado. Será tía Amantina quien te vestirá. Todo blanco, todo nuevo aún con los alfileres de la tienda. Ninguna novia se pone un vestido sola, total, antes que tía te vista entrarán tus hermanitas y tu madre a exclamar el famoso ¡waoo! que esperabas, el que por fin te hará sonreír. Anoche también hicieron salir a las muchachas mientras la tía te daba algunas 'lecciones' para las horas por venir, demasiado obsoletas, por cierto, en long play de 33 rpm, le dirás a Ana, cuando ya tú estabas en DVD a .5500 mgh. Habrá murmullos, cada una hablará de un tema diferente al mismo tiempo y tú no escucharás a ninguna. Te sentarás en la cama y te dejarás retocar el maquillaje tenue, ligerísimo que existe en el

salón. Un lápiz fucsia sobre los labios sin más brillo que el de tu lengua humedecida y un toquecito con la motita empolvada para acentuar el maquillaje natural con que naciste.

Yo sigo aquí... arreglo mis cosas...

A esta hora te sacudirán los nervios para que te muevas, de la cocina a la sala, de la sala a tu cuarto, a nada, a decirle adiós a tu habitación de siempre con los ojos y las manitas apretadas bajo el mentón y tus primas emperifolladas con bufandas y carteras adomingadas, todas ellas, no te dejarán ni pies ni pisada, como anoche que le dieron las dos de la madrugada, todas metidas en el cuarto, que casi derriban la cama, riéndose, tomando Lancer y Cerveza en jarras de aluminio, agrupando souvenirs, destapando regalos y ensayando el vals chica con chica, sonando el cidí Occasion que trajo tu cuñada María Katherine de Providence con la Marcha Triunfal de Aída, la marcha nupcial de Wagner, el Ave María de Schubert, cantada por el coro oficial del Vaticano. Bailarán al fin el Danubio Azul, porque te parecerá más alegre y porque el tío te dijo que el Vals del Aniversario no era para bailar en bodas.

El carro estará listo. Sé cuál, el Pontiac Tempest 67 negro; el arcaico de Don Edmundo Rizeck. A ti te ha gustado desde que tenías uso de razón y me lo dijiste un día que nos ocultamos de la lluvia en su garaje y nos besamos empapados de agua, ahí dentro me gustaría estar contigo vestida de novia.

Anita, que no se me quede nada. Refunfuñarás.

Las zapatillas te quedarán grandes. Casi nunca usas tacos. Le pondrás algodón con cinta pegante discretamente. Anita, el ramo está sobre la cama, porfa, pon en mi bolso Dentine, servilletas y lo otro que tú sabes, que no se te olvide nada. Volverás a ordenar.

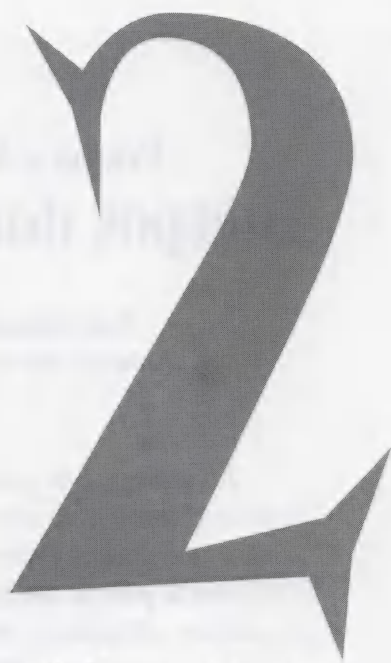
Yo sigo aquí sin adiós ni lágrimas, ni nada parecido, porque hoy tendré que estar con ella.

Hay humo de tanto sol afuera en un cielo plateado que se mete en los recovecos ensombrecidos de los barrios más ocultos y en los rincones más oscuros de las casas y de la iglesia y yo aquí la espero y ella vendrá a mí. La quise con otro amor, pero hoy la amo de otro modo, hoy estoy casado con otra. La espero para dos cosas. Para pedirle perdón al oído y para casarlos desde el altar.

Ella ya sabe que estoy casado con la iglesia y sabe además que ambos seremos felices de algún modo.

Ella empieza a caminar desde la puerta. Me alcanza a ver sin mayores dificultades, yo sé que me mira. Le sonrío con el amor de Dios y me hincó ante el altar, misal en mano, para presentar a Dios Padre a estos siervos que hoy se unen por amor.

La marcha nupcial emerge lastimosa del organillo parroquial, mientras afuera se escuchan los murmullos de la gente y del viento...



Menciones

Primera Mención

Cuerpos dorados

Seudónimo: Alondra

Autora: Silvia di Franco

*La anorexia es una metófora.
Es la declaración de una joven que
dice que se convertirá en lo que
la cultura le pide a las mujeres que
sean; esto es: delgadas e inofensivas.*

Mary Pipher

I

Aquí estoy tendida, exánime en la cama de una sala fría. Rodeada de una atmósfera espesa e inquietante. Un gran cansancio se apodera de mi cuerpo. Todo gira vertiginosamente a mi alrededor. Me veo en el espejo, situado al frente de mi cama y este, irónicamente, me devuelve una silueta cristalizada por la vida.

Ignoro por qué estoy contando mi historia y mientras más lo pienso, más difícil se me hace. De todos modos, intentaré comprenderme, para darme a comprender. Quizás para no olvidarme de mí misma.

Recuerdo que de niña, en casa de mis padres, no era muy difícil vivir. Ellos me consentían los deseos más recónditos de mi corazón, lo que no dejaba de ser un problema para mí. Esa actitud me empujaba a vivir entre la realidad y la ficción. Nunca olvidaré que a los 14 años deseaba con todas mis fuerzas un carro y para mi asombro, el día de mi cumpleaños, Papá se apareció con un Honda grande y complicado. Me lo entregó con un fuerte abrazo y me dijo: "Tendrás que aprender a manejarlo". Entonces, aprendí a usarlo paseándome orgullosa por las calles del barrio. Así era yo, persistente como la gota que cae de una llave rota. ¿Pueden creer que me gané el calificativo de marimacho?

En esa época, mi reino se limitaba a mis sueños y fantasías. Altiiva, fuerte, decidida, viví en un mundo blando y mágico, envuelta en una pompa de jabón, como las que de niñas sacamos de un pequeño tarro de color chillón y lanzamos como una cascada interminable al aire. Así pasé mi niñez, hasta que, poco a poco, desperté a la realidad de mi existencia.

Hasta entonces mi vida me parecía maravillosa, me encantaban mis estudios y me sumergía en ellos y se me hicieron tan imprescindibles como el aire que respiraba. Quizás no era la mejor de mi clase, pero

puedo asegurar que casi siempre ocupaba los primeros lugares. Las matemáticas me apasionaban, aunque mis compañeros me reprochaban con sorna -eso es cosa de hombres- me decían. Nunca les prestaba atención y muchas veces los superaba. Recuerdo, no sin orgullo, que un viernes en la mañana la profesora nos planteó un problema para resolverlo en quince minutos. Antes que se venciera el tiempo, Lilly, mi amiga íntima y yo, lo teníamos resuelto. Estábamos tan contentas de nuestro logro que celebramos en grande ese fin de semana. Esa tarde llegué a casa loca de alegría, y comuniqué la noticia a mis padres, cuyos rostros no ocultaban su orgullo. Oronda, pisaba sobre nubes pues mi ego inflado no me permitía aterrizar.

Un domingo por la tarde Lilly y yo entramos al cine del barrio, nos encontramos con una película de acción, cuyo héroe, un detective buenmozo y alto, resolvía el crimen de una mujer, terminando, luego de las intrigas, en los brazos de una beldad: delgada, blanca, rubia y de ojos azules. Salimos frustradas, siempre se repetía hasta la saciedad la misma cosa. A la salida caminamos y terminamos frente a mi vicio, lo confieso sin rubor, helado de chocolate.

No pude negar que sentí, al comerlo, un poco de remordimiento, pues me sobraban algunas libras. Pero era feliz, además el sábado en la tarde habíamos pasado algunas horas jugando basketball, y me hice la ilusión de haber quemado grasa con anticipación.

Hablábamos con entusiasmo de nuestros planes futuros. Lilly soñaba con ser médica y mi ilusión era la arquitectura. Queríamos entrar por la puerta grande de la vida, para realizarnos plenamente.

Mi descalabro comenzó apenas a los 15 años. Ya estaba en el umbral de mi adultez.

II

Si, sus pechos habían crecido hasta terminar en dos suaves pero turgentes pezones rosados. Su pubis color melocotón ya estaba listo para la caricia deseada que la llevaría al éxtasis del amor. Daba la impresión de una flor que los rayos del sol abrían a la vida. Su existencia tenía una razón: ser una mujer completa. Desafortunadamente, tenía que parecer atractiva, sensual, sexual. Era la trampa para llamar la atención de sus compañeros de grupo que, como a dioses omnipotentes, había que rendirles pleitesía con un cuerpo delgado y bello y la mente vacía.

III

No puedo negar que vivo en una época difícil y desgarradora de mi existencia, pues el mundo que me rodea comienza a ser extraño para mí. Ahora llevo una vida anodina donde se aposentan el tedio y el dolor día tras día, convirtiendo mi existencia en silencio y vacío. A veces me invade una extraña sensación, como si me sumergiera en un océano helado que congelara mi alma, impidiéndome buscar las

huellas de un futuro por donde transitar mañana. Dicen que la vida es una eterna promesa. ¿Promesa de qué? ¿Será que el destino nos signa con el misterio como un hechizo? Entonces, me abandono en este gran conflicto que no me es dado comprender. Pienso que mi existencia es un eterno peregrinar por mi mundo interior que se asemeja a un laberinto donde a veces la ceguera me arrincona. Sí, a veces mi sensibilidad se exagera, ensimismándome, quedando rota la brecha con el mundo. Otras, lloro hasta lograr sosegar y paradójicamente, me siento eufórica. Así se va repitiendo el juego aniquilador hasta convertirse en una especie de hábito que me socava lenta pero inexorablemente.

IV

Cada minuto de su vida le parecía aterrador. Una vida llena de sumisión y dolor incapaz de evadir el influjo de una subversión de valores que la empujaba a un sentimiento de auto conmiseración. Ella que en su niñez era fuerte y decidida, llena de talentos, ahora se debatía ante una perspectiva incierta. No podía soportar el fardo de violencia de una sociedad que la condujo a su propio exterminio. Desconcertada, poco a poco, fue comprendiendo que era una aventura compartida.

Ante el espejo, convertí mi maquillaje en un ritual. La noche de mi graduación me esmeré en ponerme bella. No olvidé nada. La base disimulaba cualquier imperfección. Delineé el marco de mis cejas, avivé

el color de mis mejillas y una sombra beige resaltaba el negro de mis ojos y mi pelo. El rímel me dio el toque final. Al terminar, su reflejo me devolvió una imagen satisfactoria. Estaba lista para mi fiesta.

V

Allí estaba con su traje negro, descotado en la espalda. Un collar resaltaba su rostro. Sentada en un sillón permanecía erguida. Lentamente el aburrimiento se apoderó de ella hasta reclinarsse en el asiento. Esa noche no bailó.

VI

Recuerdo con cuánta expectativa esperé el momento, intentando acelerar el tiempo de mi llegada al salón. Quedé fascinada. Las luces y la música parecían salir por todos los rincones y me envolvían como lluvia de estrellas titilantes. Atravesé el salón y me encontré con Lilly. Sus ojos me enseñaron otros mundos. Las muchachas parecían caricaturas de mujer. Sus ropas ajustadas a sus esbeltos cuerpos, ebrios de alcohol y drogas, pródigos en sexualidad, bailaban hasta el agotamiento. Parecían la "imagen de la felicidad". Desolada busqué un rincón y me senté. Me llené de rabia y dolor. No puedo esconder que en el fondo sentía envidia, pero disimulé. Así fue como comencé a comprender entonces, el precio de la popularidad. Tenía que ser complaciente con ellos, a riesgo de convertirme en una terrorista de la cultura.

Esa misma noche, comenzó mi culto a la apariencia. Al mirarme al espejo descubrí atónita que estaba obesa, con mis ciento y pico de libras mal repartidas por mi cuerpo que apenas alcanzaba 5'6". Para ser sincera, odio mi cuerpo. Decidí ingresar al gimnasio y hacer dieta, amén de caminar dos horas diarias para lograr ser como las modelos. Terminaba exhausta. Pero no podía rendirme. Me propuse convertirme en una chica moderna. Todo lo fui dejando atrás hasta semejar un maniquí de escaparate: ropa y silencio. En el transcurso, comprendí las reglas de esa subcultura de los adolescentes: o jugaba o perdía. Me transformé, entonces, en una pieza de ajedrez que se movía al compás de los demás si no quería que me dieran jaque mate. Mi vida espiritual iba mermando cada vez más, no me importaba el resto del mundo y el egocentrismo me convertía como a una ostra en su concha. Había caído en una trampa. Me obnubilaba esa visión casi fantasmagórica que me había propuesto como meta.

VII

Desde su abismo, no alcanzaba a ver la cima de una vida más auténtica. En el subsuelo de su existencia ¿cómo podía atisbar el tabú de una gran mentira? "La belleza y la sumisión", como brillo de oropel la permeaban aniquilándola. Comenzó a ser más retraída. Casi no salía de la casa. Pasaba horas encerrada en su habitación viendo T.V. y hojeando revistas. Sus imágenes le gritaban hasta el ensordecimiento: bella, bella, bella, delgada, elegante, su-

misa, como si el propio Neruda le cantara: "me gustas cuando callas, porque estás como ausente".

VIII

Mis padres no estaban ajenos a mis problemas, su preocupación por mí crecía y yo los ignoraba. Nuestra comunicación se iba quebrando. Con su aguda intuición, me interrogaban -estás diferente - me decían- y yo con desdén siempre respondía lacónicamente: "Estoy bien".

La comida se convirtió para mí en algo repugnante. Dejar de comer era la única manera de mantener una figura esbelta. Esa era mi obsesión. El lunes llegué tarde a casa. Estaba en el gimnasio al otro extremo de la ciudad, llegaba, como siempre, caminando hasta el agotamiento. Ese día mi madre me esperaba sentada en un sillón, y al verme me dijo: "Te guardé una pizza y un helado de chocolate". Dije que sí. Luego de comerlos fui al baño y lo devolví todo. Me encerré en mi cuarto, tenía que tomar una decisión importante, sería modelo; de este modo competiría con las chicas más bellas. Y lo más importante, sería admitida y admirada por mi grupo.

En fin, fui desprendiéndome de todas las cosas que más me gustaban. Era una lectora asidua, ahora leía para llenar mi tiempo hueco. Buscaba con ansiedad las modas, los desfiles de belleza, la vida farandulera, etc. Pasé meses de desesperación y angustia, entre hambres y obsesiones. Tantos planes pasaron

por mi mente... pero todos se desvanecían. Pensé hasta en el suicidio, pero debo confesar, que las fuerzas me habían abandonado a tal punto, que me faltó coraje para realizarlo. Entonces fui aniquilando mi alma y mi cuerpo hasta querer desaparecer. Sí, hasta convertirme en una caricatura de mí misma. Fue cuando, presa de angustia y ansiedad, perdí mi identidad, mi autoestima, la esencia de mi ser y lo más patético, quedé presa de un horrible sentimiento de culpa. Todo esto me apresó en una vorágine, arrastrándome a la miseria en que hoy me he convertido.

Mi culto a la apariencia se había revertido. Ahora mi pelo opaco, mi piel cetrina, mis ojos perdidos en el vacío, sin brillo, y mi boca reseca, parecen hundirse en mi rostro pálido y avejentado. Soy una muñeca de cera. Mi autonegación ha destruido mi vida.

IX

Allí, en el hospital, parados junto a su cama, estaban sus padres y Lilly. Ella se debatía en un estremecimiento, como queriendo decir: "Lo sé".

Segunda Mención

Juego estéril

Seudónimo: Silvana V. Lamar

Autor: Roberto Adames

"El juego está en acción. Es un juego especial. Es egocéntrico. Una mujer está frente a unos labios abstractos. Muy abstractos. Este es un juego interno cargado de erotismo, esterilidades y nimiedades. El bateador es su propio destino y está listo."

Silvana V. Lamar

Ayer medité...suspiré. comencé a trotar en mi caballo de alas grandes y chicas como la noche. He conocido a Mauricio; su pelo. Cómo cae su pelo en esa nuca de Minotauro. Me gusta enteramente, desde sus dedos tocando las tangibles (que se hacen

intangibles) cuerdas de la guitarra, hasta su rítmico manantial craneal. Mi alma a chorros pudo percibir el aletear pimentoso del verdadero amor. Cuán bello es, cómo le obedecen las cuerdas, una por una lloran la melodía que con dedos sublimes él les impone. Es como el espejo: cuando estás frente a él, te importa más la imagen que refleja y cuando te vas, tiendes de lejos, como por fuerza de gravedad, a contemplar su magia.

La amarga realidad es que estoy casada con Julio desde hace tres años. Como alguien diría, mi historia social es cartelera. A los dieciséis años *mi vida se troncha por capricho de mi madre* quien deja brotar de su interior los arraigos de un enfermedad llamada "papeletitis" y Julio como encargado de producción de un jardín, con ingresos extraordinarios, contribuía con su empeoramiento; de papá ni hablar, el pobre, deambulando en el vómito de carne y de pescado, siempre ha sido narigoneado por mi madre. Recuerdo un día, cuando Julio y yo éramos novios, a mi mamá por poco le da un infarto al ver al muy truhán de Julio encender un cigarrillo con un billete de a cien; este y otros actos de gallardía, pusieron un sello de coquí con seda a nuestra relación.

Primer out.

Como en un desandar de pasos he llegado a Mauricio, y él, sin sorprenderse, me ha tomado la mano y me ha invitado a pasar. Me noto imbécil-

mente fascinada por los colores vidriosos de su alba. Su casa está bordeada de cortinas traslúcidas, que como el tiempo, se mueven con el viento. Su amabilidad traspasa los sentidos comunes de los hombres. Unos cisnes chapotean en el dibujo de la taza con café y tiernas son las olas que se producen que van a terminar en su suave y tierna mano. El toma la guitarra para tocar. Apresurada tomo el café de un sorbo. Como si fuera un sueño, todo parece tan real. Tan sano. Como poseída por la magia del placer, despido a Mauricio y salgo renovada, tan llena de vida, tan nuevamente yo. Contagiada por la humedad de un nombre que ni siquiera ha exaltado mi piel con un lúdico roce.

No hemos tenido hijos. Hablo de Julio. He decidido no tener hijos (para él no hemos tenido suerte) y menos con él, que cada día se vuelve más cruel y déspota. Después que se apoderó de mí y se sintió seguro de haberse ganado el apoyo de mi madre, comenzó a mostrar sus afiladas y cenagosas pezuñas convirtiéndome en una vil presa de sus enmarañados y locos juegos sexuales: creyéndome sumadora me exigió multinuméricos e incómodos resultados y dejó roída la poca integridad que quedaba de mí. Luego de un tiempo descubrí que estaba metido en unos negocios más oscuros que el manto de la noche; junto a llegadas tardes y embriagados asedios todo esto me estaba consumiendo y luego, como si fuera poco, aparecía mi madre como imantada desde el mismo infierno para aplacar la situación y hacer su característico llamado a la paz.

Segundo out.

Entonces conocí a Mauricio y desde ese momento mi vida ha sido distinta. Él es bueno; solo él ha sabido ponerle felicidad a mi vida tan vacía. Son muchas las veces que he anhelado gritarle al mundo que solo él me satisface, que aunque parezca bochornoso con el solo hecho de su tacto, vibro de emoción. El entra suavemente en mí y al salir ya lo ha invadido todo. El siempre está dispuesto, en cualquier lugar, en cualquier galaxia.

La otra noche, luego de un asedio amoroso con Julio, del cual, como siempre, solo quedaron pesares; después que el sueño acabó con sus avinagradas y balbuceantes palabras, me dirigí al baño y busqué a Mauricio en la penumbra y fue entonces cuando me sentí plena en el amor. Pero él como casi todo lo inalcanzable es una utopía que a ratos se aleja de mí sin el menor remordimiento.

Tercer out.

Mauricio se transforma, se mete conmigo en la bañera y corre por mis dedos, me toca cuando yo misma me toco, con su magia. Yo soy su guitarra y él es mi obsesión. Solo cuando lo habito en mi ilusión, desencadenó al mundo mis cientos de vacíos. Lo introduzco en mi boca, luego lo deslizo con dulzura. El hurga en mis pezones, esta felicidad que me eriza la piel; que hace que me ame al amar-lo. Solo él es mi todo. Sentir que ahora no importa

Julio, ni los maltratos, solo este movimiento de marea, esta danza entre juego y espuma que aunque muchos la llamen lascivia yo lo llamo Mauricio...

Tercera Mención

La muñeca

Seudónimo: Alicia en el País de Maravilla

Autora: Rosa Silverio

Mieses pasaba todos los días por la casa de esa señora que trabajaba en su fábrica como ejecutiva. Y mientras ella salía temprano, él debía continuar hasta que la mañana agotara casi todos sus fulgores y una franja roja y seca se tendiera sobre el horizonte. Entonces él dejaba la máquina con la que cosía cuellos de camisas, tomaba el termo de comida y con el sudor hediondo pegado a sus miembros, caminaba de regreso a la pieza en la que vivía, donde lo único que le daba la bienvenida era los trastos sucios y la flojera del colchón para recostar su espalda apaleada y cansada por tantos años sin una mujer, viviendo en cuartuchos de a ciento cincuenta la semana y trabajando en lugares donde el empleado era pura mierda.

Mieses caminaba cansado, con el dolor de la soledad auestas y cuando iba cruzando por el enorme edificio color cereza donde vivía la señora ejecutiva, no pudo evitar mirar hacia el tercer piso y ver la carita de un niño contorsionada, lengua, ojos y dedos con-fabulados para hacer una mueca despreciable y ofensiva. Siempre se consolaba pensando que los niños mimados, hijos de empresarios explotadores eran así: pequeños monstruos consentidos por la sociedad y favorecidos por Dios. "Uno de estos días", pensaba él, "uno de estos días subiré y de una trompada le borraré esa mueca de la cara, no me importará que sea hijo de la señora esa, porque de seguro que esa criatura de los infiernos es su hijo. Total, si hace que me despidan, me voy a otro lugar, pero me daré el gusto de borrar la riqueza y la burla de su cara de diablo", se decía mientras arrastraba los doscientos cuellos que cosía por día.

La vida de Mieses había girado en torno a las numerosas fábricas en las que había laborado, hilvanando las horas, cortando sus posibilidades de salir de ese agujero que arrugaba su suerte y la tiraba al zafacón. El moriría algún día y toda su juventud se quedaría en la tela, en el hilo y la tijera que le cercenaba las alas y lo condenaba a vivir ahogado en un vertedero de lágrimas y sudores. Por eso se enco-lerizaba al darse cuenta de que todos los días de la semana el niño estaba sentado en el balcón esperán-dolo, como si no tuviese que estudiar, romper sus juguetes o molestar a su mamá, a aquella estirada mujer que a veces se asomaba al balcón y sorprendía

a su hijo haciéndole muecas a él, a un infeliz, a una pulga más de la ciudad, a él que nunca se mezclaba ni con ricos ni con pobres y que lo único que hacía era pedalear como un esclavo para poder recostar su espalda remendada en el colchón hundido de su pieza.

"Pero hoy no", se dijo harto de tanta vergüenza y humillación, "Hoy le hago ver a ese mocoso que con el cansancio de un hombre de trabajo no se juega". Desvió sus pasos y doblando a la derecha se dirigió al edificio color cereza, mientras la ira de tantas semanas, contenida por la prudencia, a floraba haciéndolo temblar y retorcerse las manos. Subió los escalones de dos en dos, dejando atrás la fatiga del día y pensando solo en aquella cara de diablo hermoso, desfigurada por una mueca apayasada. "Ya verá... ya verá de lo que soy capaz", se repetía mientras apretaba los labios y ya en el tercer piso presionaba el timbre. Pasaron unos cuantos segundos y como no abrían, golpeó la puerta con furia imaginando que la madera era la cara del niño y que con cada golpe le deshacía la mueca.

Entonces abrieron y en el quicio apareció la ejecutiva, con un vestido azul a rayas y una sonrisa tendida en los labios. Mises pensó en el niño, en el imberbe que solo porque vivía en un apartamento de lujo y era hijo de ricos, le hacía una mueca todos los días. Sin detenerse a dar explicaciones caminó por el pasillo y cruzó la sala guiado por los demonios, hasta que llegó al balcón desde donde el niño mira-

ba hacia la calle. Así que, halando la cabecita por los cabellos, con su mano derecha le asestó dos bofetadas en las mejillas, que aliviaron su enojo, lo dejaron satisfecho, con una sonrisa de triunfo pintada en el rostro. Solo después de dos inmensos suspiros, se fijó en la señora que lo siguió aterrizada y en el niño que sollozaba agarrado al vestido azul a rayas, sentado en su silla de ruedas.

Cuarta Mención

El niño de hojalata

Seudónimo: El Cantor del Jazz

Autor: Miguel A. Durán Ureña

La ciudad ardía en la penumbra sofocante de un verano artificial, provocado por las nubes grises que producen las grandes industrias. Humo, varillas, cemento, tos, polución... inundaban todo el perímetro de la ciudad. Un silencio sepulcral la arropó y un frío de miedo se adueñó de todo ser vivo. Mientras el silencio y el frío gobernaban la parte externa, dentro de la mansión estaba Luisiana, la más cuerda y sana de los descendientes de Manolo. La muerte la había librado de las pasiones enfermizas de su padre y abuelo.

Filomena, madre de Luisiana, -que además de madre es hermana, pues son ambas hijas de Manolo, era grande, de unos noventa kilos. Se ocupó de criar a su manera a la temerosa y delicada Luisiana, que

además de flaca, era mansa y con una parsimonia que recuerda la salida del sol en noche de desvelo. Con sólo quince años cumplidos, lucía como si su tez hubiese sido abofeteada por el tiempo. No obstante, detrás de su vejez prematura, sus encantos, casi imperceptibles, sabían lucir las primaveras de su adolescencia.

- Quiero que me des un baño de flores silvestres para alejar a los malos espíritus. . . dijo Filomena-.

- Algo anda mal -musitó Luisiana-.

- Si es malo, no llega hoy porque es domingo; si es bueno, puede ser malo porque estamos a trece - opinó Luisiana-.

- Mejor vete a recoger las flores y déjate de estar haciendo premoniciones.

Mientras Filomena encendía las velas de su altar, Luisiana fue al monte en busca de todo tipo de flores silvestres que sirvieran para alejar a los malos espíritus; a su paso recogía: flor de moribibí, hinojo, campeche, buzunuco, artemisa y claveles. Filomena, poco usual en ella, barría la habitación principal que era oscura y atiborrada de objetos hechiceros, adornados con piedras de rayo, caracoles, fósiles y artesanías indígena.

Cuando el eclipse de luna había completado su fase, Luisiana terminaba de recoger las flores para el

mejurge de su madre y hermana; al dar el primer paso de regreso, se escucharon varios disparos y ladridos de perros en las cercanías. Por instinto, corrió hacia las cuevas de la mina de sal abandonada y se ocultó en su interior. Minutos después, un hombre con uniforme de presidiario, corrió en igual dirección de la indefensa Luisiana y se atrincheró en el mismo lugar. Los guardias siguieron otra dirección y perdieron el rastro por el momento. El hombre había sido culpado por algún delito criminal y estaba a punto de remedar otro atentado de mayor resonancia, pues las consecuencias del hecho pasarían de generación en generación.

Luisiana, educada para obedecer, siguió todas las instrucciones del extraño, que de forma desmesurada y rápida, ejecutó la última pasión que el destino le tenía. Los perros de los guardias tiraban con más fuerza de las cadenas hacia su dirección, y el fugitivo, para ocultar a su última amada, salió de la cuevas con las manos en alto y un tiro certero le atravesó el costado, cayendo de hinojos entre las piedras. Con las manos en su pecho, como queriendo ocultar la salida de sus últimas pasiones, dejó caer su cuerpo siguiendo la misma trayectoria de su destino ya consumado, hasta besar la tierra alcalina.

Luisiana esperaba el momento oportuno para salir corriendo de su escondite. Con sus pies desnudos, cruzó montes de tunas y javillos sin sentir molestia alguna. Al llegar a la mansión, se deslizó sigilosamente por la puerta trasera y colocó las flores en tro-pel encima de un taburete.

No había dado el primer paso, cuando con un aire de sabelotodo, una voz apacible y musical engrifó el esqueleto de Luisiana.

- ¿Por qué tardaste tanto?. ¿Qué viento sopló que tan nerviosa te dejó? Anda, echa las flores en el agua y prepárame el baño.

Luisiana arrojó las flores en agua hirviendo y por su mente cruzó la idea de tirárselas a Filomena para que no la delatara; pero ella sabía, que ese cuerpo tan voluminoso necesitaba, por lo menos, cincuenta galones de agua para cubrirla por completo. Minutos después, Luisiana cogió el sancocho de flores y se decidió a enjuagar el cuerpo voluminoso de Filomena. Al abrir la puerta del aposento, no pudo mantener el equilibrio y dejó derramar el agua en el piso inundando el ambiente de vapores con olor de velorio.

- ¡Ay -gritó Filomena-, algo grande pasará!.

Los días fueron pasando y nada novedoso había ocurrido. Luisiana lucía más callada que nunca; solo se limitaba a obedecer y contestar preguntas cortas.

Al atardecer del séptimo domingo, sintió que el mundo daba vueltas y lanzó de su boquita rosada, todo el contenido del estómago de los últimos días. La voz destemplada de Filomena la tranquilizó.

- Luisiana, búscame un sapo en los alcantarillados.

Luisiana fue a rastrear hasta encontrar uno de los batracios más frondosos. Lo agarró y lo metió en una lata.

- Ahí está, mamá. -Toma el cuchillo de punta fina y clávaselo en la cabeza y antes de que muera, sácale la vejiga con cuidado de no perforarla.

Luisiana obedeció tranquilamente y colocó el sapo con el vientre hacia arriba dándole una cuchillada sagital hasta descubrir sus intestinos por completo. Disecó con manos de cirujano la vejiga y la extrajo de los entresijos del animalito.

- Ahora, ve a orinar y echa un poco en este vaso.

Al poco rato, Filomena vació la orina de la vejiga del sapo y la ligó con la de Luisiana; salió a la claridad y levantando el vaso para mirarlo desde el fondo, exclamó:

- ¡Estás embarazada, yo lo sabía!

Después del apuro, Filomena fue en busca de todo tipo de hierbas abortivas para darle de beber a Luisiana y se encontró sin rumbo en una mansión que parecía desplomarse.

Bebió su té con todas las de la ley y manteniendo de desde ese mismo momento la duda y el efecto se angustió.. como queriendo vomitar la muerte antes que el suceso. Hizo su maleta y corrió desesperada-

mente libre hasta el autobús abandonado. No era tan cómodo como su cuarto de la mansión y estaba repleto de piezas inservibles, arañas y un manso olor a gasoil; pero era su refugio y su hogar. No tuvo ánimo para limpiar su nueva morada en ese día. Tiró su pequeña maleta en un sillón empolvado por el tiempo y se quedó dormida recostada del frío metal, hasta que una manada de perros, espantó la paz de su sueño. Cerraba sus ojos para percibir los movimientos de su hijo y dominar así la soledad, hasta que el mismo movimiento de vida, le dio la fuerza que le hacía falta para seguir.

No había completado las treintiséis semanas, cuando en la mañana tibia y de sombra, sintió que su vientre quería reventar. Se le subió la panza al estómago. Lo apretó. Luchó con el dolor propio del parto que le impedía caminar. Empujó como pudo la puerta y rodó hacia fuera. No sabía qué hacer, no sabía a dónde ir. Un terrible sudor de desesperación la bañaba y para suerte, la falda de Filomena se batía con sus rodillas en el momento oportuno, como si hubiera sido avisada.

- ¡Santo Dios, si estás pariendo!.

Luisiana, abatida por su dolor, rodaba en el suelo confundiéndose con él. Sintió que algo se le desprendía de su cuerpo.

- ¡Ya viene, Luisiana, ya viene! -dijo Filomena.

Cuando el niño asomó la cabeza para nacer, se detuvo a mirar a su alrededor. Quiso volver hacia atrás, pero la fuerza de la matriz pudo más y lo empujó al nuevo escenario de la vida y de la muerte.

- ¡Parece normal! ¡Es bello! -dijo con sinceridad Filomena. Se llamará Cirilo.

Y creció como azucena lejos del charco cenagoso. Las puertas de la libertad se le cerraron desde el primer momento; pero no necesitó más de los veinte metros cuadrados de superficie de su viejo autobús para crecer, hasta que sus pasos fueron más que el espacio. Caminó rápido por las calles enterradas del cercado y sintió el ruido de su motor. Dio media vuelta y regresó con rapidez al mismo lugar. Aceleró más sus canillas y dobló a unos trescientos metros. Su motor se activaba más, para seguir latiendo aún más de prisa. Al llegar a su casa del autobús, se apoyó del tibio metal besado por el sol; entonces, sintió la inmensa pena de que su casa, siendo un autobús, no podía correr como él lo hacía. Cirilo lo miró. No dio nada. Y despacio, fue al frente y levantó la tapa del bonete para mirar su corazón detenido.

Desde pequeño. Cirilo podía quedarse en un rincón prácticamente todo el día observándolo todo y nada. Y así, fue creciendo lentamente en su casa de hojalata. Conocía todos los tornillos por pequeños que fuesen y pasaba todo el tiempo armando y desarmando el motor fundido del viejo autobús. Su

pasión lo condujo también a pasar casi todo el día en la parada de guaguas que venían desde la frontera. Uno de esos días, el primer autobús rodó seguido del segundo y dobló rápidamente la esquina por alcanzarlo; pero el sol clavó sus rayos sobre el vidrio delantero y los reflejos se adueñaron de los ojos del conductor, hasta hacerle perder el control y estrellarse. Cirilo corrió con todas sus fuerzas y verdaderamente fue el día más feliz de su vida. Y ese día, ese mismo día, tomó la gran decisión, la única decisión de ser, por encima de todo, una guagua, la más grande y fuerte de las guaguas, con doble diferencial y motor de mil caballos de fuerza. Y gritó en su interior:

- Yo no me llamo Cirilo, me llamo MACK.

Todos los días al amanecer, Mack se parqueaba en la parada de autobús en espera de turno. Al llegar su hora de salida, corría por el medio de las calles y carreteras como cualquier vehículo de motor. Cuando le molestaban, ponía la boquita abocinada y se enlazaba con su garganta metálica y se pegaba por tiempo indefinido y no había tímpano que soportara su furor. Las vidrieras se cuarteaban hasta hacerse pedazos, las campanas tocaban, el tiempo se detenía y los transeúntes que no podían escapar del bocinazo, sangraban por los oídos. Cuando se agotaba de tanto correr y correr, se estacionaba en la bomba de gasolina en espera de ser atendido; exigía lavado a presión y al secar, volvía a su casa de hojalata atraído por el imán interno de su ser. Todos

en las calles al verlo, abrían sus bocas en señal de alarma, diciendo:

- ¡Cuidado, ahí viene la guagua!

Mack con estilo muy particular, se enorgullecía y levantaba sus codos en ángulo recto con su pecho de paloma para reducir velocidad. Frenaba, pasaba un cambio fuerte y cepillaba las llantas de piel de sus pies desnudos a toda máquina. Cada día, su musculatura se hacía más fuerte, y crecía de forma horizontal, manteniendo su tamaño original de cuatro pies y tres pulgadas.

Filomena, orgullosa de ser abuela y tía de Mack quiso regalarle un escudo de hojalata con su último nombre impreso con letras mayúsculas para que le cubriera todo su pecho embuchado. Mack más orgulloso que nunca, lo exhibía corre aquí corre allá, con su escudo plateado adosado a su pecho y donde los rayos del sol, huían dispersos al chocar con él. Ese día, agotó todo el combustible de su cuerpo, recorrió el pequeño pueblo de punta a punta, siete veces, como si se despidiera de lo humano para volver a la materia prima. A la mayoría le fue suficiente con mirarlo otra vez y comprender que no podía tener otro nombre.

Rodeado de una gran muchedumbre, Mack se detuvo y permaneció inmóvil, sin agresión. Solo un "tu, tu, tu..." bien afinado, salía de su boquita semicerrada y como un regalo al apoyo que le brindó el

gentío, tocó su bocina, pero esta vez, muy diferente: lanzó un sonido tan delicado y hermoso, que recordaba el final de una gran ópera clásica y el canto amoroso de una sirena en primavera. Sus pulmones, de amplia capacidad, mantuvieron las notas por varios minutos; notas que jugaban con los bemoles como un gran violinista y luego de ascender, descendían sostenidas y ligadas como el trinar del ruiseñor. Fue tal su dulzura y su misterio, que todos los que le escucharon, lloraban sin ninguna explicación. Solo aquellos, que le conocían, entendieron el por qué de su actitud y el por qué de su graciosa locura. No fueron necesarias las palabras ni los ademanes; solo fue suficiente mirarlo con los ojos del alma y besarlo con los ojos del corazón.

A partir de ese viernes glorioso, todos le amaron. Trató de correr. La muchedumbre lo dejó partir. Llegó hasta la puerta de su casa de hojalata y antes de dar el primer paso hacia adentro, sintió una mirada ardiente que quemaba sus espaldas. La inminencia de la muerte removió su delicado corazón. Entró de sobresalto y en su rostro se dibujó la aprensión de la muerte. Se sintió incapaz y mirando a Luisiana con preocupación, la apretó con su corazón hasta que se confundieron los dos, aplastados por el miedo y la impotencia. Su hora había llegado. Desde adentro de sí escuchó su nombre:

- Mack no eres guagua; no eres Mack, no eres guagua, ni lo serás.

Se sintió con un dominio propio de su albedrío al escuchar su nombre; sin embargo, el frío de la muerte se deslizó por su cuerpo.

Mack, desde los alcantarillados, fijó sus ojos de fuego. Su inspiración pudo más que el miedo o el dolor. Se incorporó con su escudo plateado a unos trescientos metros de distancia de su objetivo, y preso de sus sentimientos, aceleró a toda velocidad, a más de sesenta millas por hora y en su mente repetía:

- Soy una guagua, la más grande y fuerte de las guaguas, con doble diferencial y motor de mil caballos de fuerza... Soy MACK.

- A ochenta millas por hora... y ya sus pies se hacían imperceptibles. La voz de mando del batallón de su ser ordenó.

Mack a cien metros de distancia aceleraba más, hasta más no poder, a cien millas por hora... y concentrando toda su energía cinética hasta estrellarse rotundamente con su corazón ya detenido.

Horas después, Luisiana salió en busca de los restos del Mack. Besó ardientemente el escudo de hojalata y uno de los guardias gritó:

- ¡Se escapa el preso Número Nueve!, disparen.

Y Luisiana lanzando el escudo al viento, corrió apa-

sionadamente, hasta internarse en las cuevas de la antigua mina de sal gema.

Quinta Mención

Canción de cuna

Seudónimo: Gabriela

Autora: Gabby del Pilar Pérez Ovalles

Duérmete niña, duérmete ya,
que viene el cuco y te comerá.

Esta canción vengo yo escuchando desde muy pequeña. No recuerdo ni una noche que haya dormido sin escuchar esa canción. Le he preguntado a mi madre varias veces de quién puede ser esa voz que me canta por las noches y ella simplemente se pone a llorar. Me han llevado a psicólogos, espiritistas y sacerdotes y aún así sigo escuchando la canción; a veces se tarda mucho en empezar y yo la espero para poderme dormir.

Al otro día llegó una tía mía, hermana de mi mamá, y le conté lo de la voz y lo de la canción y me dijo que ya era hora de contarme una historia:

"En el año 1953, durante la tormenta más grande de la época, nació una niña; el alumbramiento tardó casi ocho horas y desde que la niña sacó la cabeza al mundo, empezó a temblar la tierra. Para la madre, esto fue una señal de que todo para esta niña no iba a ser nada fácil.

La madre que ya tenía dos hijas más, tuvo que ponerse de pie a cocinar y a secar el agua que entró a la casa durante la tormenta y a recoger algunos trastes que cayeron durante el temblor de tierra. Las dos niñas la ayudaban, pero no lo suficiente por la escasa edad que tenían. Cuando la madre terminó con la faena, ya había empezado a salir el sol, la entrada del día. La madre se paró en el umbral principal de la casa con las niñas en los lados y la recién nacida en los brazos, mirando al cielo y dándole gracias a Dios por la llegada saludable del nuevo miembro de la humilde familia

El padre, que todavía no llegaba de echar días en los campos cafeteros de la región, tenía a la esposa muy preocupada porque él siempre regresaba antes del amanecer. La paciencia de la mujer empezó a perderse cuando la recién nacida comenzó a llorar y no valía que la pegara al pecho ya que la niña no chupaba nada. Era como si la niña sintiera el dolor y el sabor de la muerte y el abandono que se les aproximaba. La madre con desesperación se echó la niña al hombro y empezó a cantarle:

"Duermete niña, duérmete ya, que viene el cuco y te comerá"

Se pasó horas cantándole y repitiéndole la misma frase hasta que la niña se durmió y la madre se durmió tras ella. Entonces el padre llegó con el cansancio en los ojos y encontró a su amada y a su nuevo retoño dormidas y sus otras dos hijas paradas en la ventana del frente llorando la llegada y también la partida.

Yo me sentía muy conmovida con esa historia tan dolorosa pero la verdad es que aún no sabía que tenía que ver esa historia conmigo. Esa niña no soy yo, porque todo esto pasó en 1953 y esa fecha no coincide con mi nacimiento. Pero entonces, esa niña podría ser... mi madre, pero eso tampoco podría ser por que yo ya tengo mamá, una muy buena que me cuida y me protege. Sería imposible que no fuese mi madre, si soy tan parecida a ella.

Mi tía me dijo que no me desesperara, que la desesperación conducía al fracaso, que antes que ella me revelara toda la verdad tenía que terminar de contarme toda la historia.

Con la muerte de la madre, las niñas tuvieron que hacerse cargo de la recién nacida y de ellas mismas. No hubo un familiar cercano que se hiciese cargo de ellas, porque la madre era hija única y sus padres murieron días antes de ella cumplir los quince años. El padre se ahogó en sus propias lágrimas el día en que la madre se durmió; él corrió hacia el conuco y se perdió en el yucal y las niñas nunca más supieron de él. - Fue como si él hubiese encontrado el camino que la madre tomó cuando se durmió.

La mayor de las hermanas se alquilaba por centavos en una de las casonas cercanas, en la que limpiaba, cocinaba y luego llegaba a la casa con las sobras de la comida del día para dárselas a sus hambrientas hermanitas. A la recién nacida le daban jugo de naranja y de vez en cuando leche de vaca; cuando lloraba le echaba una gota de miel en la boca, pero eso era en ocasiones muy extrañas, porque la pequeña lloraba unos segundos y luego se calmaba, como si escuchara una voz que la consolara y la amamantara.

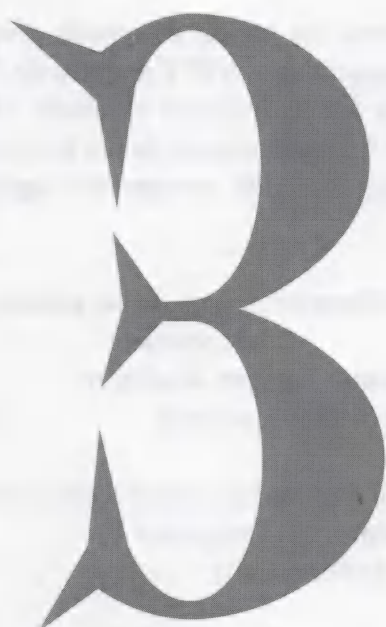
El tiempo pasó en la misma rutina y en un abrir y cerrar de ojos las niñas crecieron y ya no eran niñas sino mujeres. La pequeña no conoció más madre que la mayor de sus hermanas que la cuidaba y no escuchó mejor voz que aquella que le cantaba todas las noches al oído.

Al escuchar todo esto sentí mi corazón latir tan fuerte como el soplido de una tormenta y mi cabeza se quería reventar, como si tuviera un temblor de tierra en mi cerebro. Esa voz a lo mejor es la misma que me duerme todas las noches. Yo me sentía aturdida, confundida, no sabía qué pensar. Mi tía continuó su historia, noté que empezaba a llorar y me imaginé que lo que iba a decir a continuación sería algo muy triste y empecé a preparar mis lágrimas también.

Me dijo: "La que es tu mamá hoy en día, era la segunda de las niñas". Mi tía se quedó en silencio y yo, dejando salir el torrente de mis lágrimas, le dije

entonces: "Esa no es mi mamá, ¿verdad?", y ella me contestó que no con la cabeza. Le dije entonces: "¿Es mi mamá la recién nacida?" Mi tía dijo: "No la recién nacida era yo. Tu madre fue la misma que mi madre. La que me cuidó y protegió y murió igual que mi madre. Cuando tú naciste también hubo una tormenta tan fuerte como el día en que yo nací y cuando tu sacaste la cabeza al mundo, tembló la tierra y mi hermana, sabiendo que el tiempo era corto porque ya sabía lo que se le aproximaba, te tomó en los brazos y parándose en la puerta principal llamando a mi otra hermana, le dijo: "Tú te harás cargo ahora de mi niña, mi niña será tu niña. Párate aquí a mi lado como un día lo hicimos tú y yo". Tu madre comenzó a cantarte la misma canción que un día me cantaron a mí. Ese día me paré en la ventana acompañando a mi hermana en esa canción que yo tanto me sabía".

Duérmete niña, duérmete ya,
que viene el cuco y te comerá.



Anexo

Acta Única

Los miembros del jurado designado para ponderar las obras sometidas al VII° Concurso de Cuentos de Radio Santa María, reunidos el sábado 14 de marzo de 2001 en las instalaciones de esa institución en La Vega, hemos decidido otorgar los siguientes premios:

Primer Premio: Acerca de las miradas
silenciosas

Seudónimo: Ivanova Almánzar

Autora: Tiffany Lantigua

Segundo Premio: Te amaré toda la vida

Seudónimo: El Unicornio

Autor: Roberto Ortiz

Tercer Premio: El asado

Seudónimo: El Caníbal Vegetariano

Autor: Pastor de Moya

Cuarto Premio: Una imagen

Seudónimo: La Mujer de Lot

Autor: Julio Adames

Quinto Premio: Gotas de nostalgia en el tiempo

Seudónimo: www.cuentera.com

Autor: Carlos Sosa Ovalles

Por otra parte, también se decidió otorgar las siguientes menciones de honor:

Primera Mención: Cuerpos dorados

Seudónimo: Alondra

Autor: Silvia di Franco

Segunda Mención: Juego estéril

Seudónimo: Silvana V. Lamar

Autor: Roberto Adames

Tercera Mención: La mueca

Seudónimo: Alicia en el País de Maravilla

Autor: Rosa Silverio

Cuarta Mención: El niño de hojalata

Seudónimo: El Cantor de Jazz

Autor: Miguel A. Durán Ureña

Quinta Mención: Canción de Cuna

Seudónimo: Gabriela

Autor: Gabby del Pilar Pérez Ovalles

Dado en la ciudad de La Vega en la tarde del sábado
14 de marzo de 2001.

Lic. Emelda Ramos,
P. José Luis Sáez, S.J.
Lic. Carlos Fernández-Rocha

Este libro se terminó de imprimir
en la Editorial Amigo del Hogar
de Santo Domingo, D.N.,
en julio del 2001.



GRUPO LEON JIMENES